



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Apéndice Al Ingenioso Hidalgo Don Quijote De La Mancha. Contiene:
Observaciones Criticas, Vida de Miguel de Cervantes, Composiciones De
Varios Literatos Españoles En Elogio De Autor Tan Celebérrimo, ...

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)

APÉNDICE

AL

INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

CONTIENE :

OBSERVACIONES CRÍTICAS,

Vida de Miguel de Cervantes,

COMPOSICIONES DE VARIOS LITERATOS ESPAÑOLES

EN ELOGIO

DE AUTOR TAN CELEBÉRIMO,

Y

EL BUSCAPIÉ.

APÉNDICE

ESCRIBANO HIDALGO

DOH QUIJOTE DE LA MANCHA.

OBSERVACIONES CRITICAS

Hecho de Miguel de Cervantes,

CON UNO DE LOS VARIOS LIBROS DE SU OBRAS

DE SU OBRAS

DE AUTOR TAN CERRERINO

EL BUCARIE



OBSERVACIONES

DEL SEÑOR D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

AL COMENTARIO DEL QUIJOTE

POR D. DIEGO CLEMENCIN.



EL QUIJOTE es el libro mas popular de los españoles; todos lo leemos, todos lo estudiamos, y se emplean á cada paso en la conversacion como proverbiales las expresiones que su lectura nos ha dejado impresas en la memoria. Ninguna obra por consiguiente puede tener mas influencia en la formacion del gusto literario en España; ninguna goza de igual proporcion para dar la ley al lenguaje. Pero este escrito que tan alto y justo concepto merece, no es una produccion intelectual meditada con gran detenimiento y escrupulosamente limada; es una inspiracion felicísima trasladada al papel con prisa, con afan de llevarla á cabo, y sin volver la vista atras para mirar lo que iba hecho: es un borrador, un bosquejo de primera mano, con harta mas valentia y frescura por cierto que otros mil cuadros bien concluidos. Cervantes escribió la novela del INGENIOSO HIDALGO siendo viejo y pobre, falto de memoria y de libros; por eso la parte erudita del Quijote es tan inexacta; por eso cuando llegaba el autor al fin de un capitulo, no recordaba lo que habia puesto al principio. Cervantes ademas no se paró á ver si habia defectos de orden lógico y cronológico en su obra, porque su objeto no fue componer una fábula regular y rigurosamente concertada, sino un cuento festivo, una leyenda, una cosa que acabase con los absurdos libros de caballerias; vió logrado este fin con la publicacion de la primera parte del Quijote, y no quiso tomarse el enojoso trabajo de perfeccionar un instrumento que tan bien le habia servido; pues si escribió despues la segunda parte, fue quizá principalmente porque presintió que alguno le habia de querer robar sus laureles. Pero aun conociendo y apreciando esta razon ó disculpa de la indolencia de Cervantes, el hecho es que su libro anda en manos de todos, y que está compuesto muy á la lijera; por lo cual es útil que literatos de gran doctrina y de esquisito gusto hayan examinado los defectos y primores de este magnífico monumento de las letras castellanas: bueno es instruir á los indoc-

tos para que no se figuren que es oro la escoria. El comentario del Sr. D. Diego Clemencin, impreso en Madrid desde el año 1833 hasta el de 1839, seguramente aventaja, porque añade mucho, á lo que acerca del Quijote habian escrito Mayans, Rios, Pellicer y otros autores así nacionales como extranjeros: las noticias que da el autor sobre los libros de caballeria ridiculizados en el Quijote son muchas y raras; las observaciones correspondientes al plan, órden de tiempo y trabazon de la obra son atinadas y justas; el exámen gramatical del texto (considerando á la lengua tal como ahora se habla) es generalmente concienzudo, fundado y legítimo. Creo sin embargo que el señor Clemencin se equivocó en juzgar el lenguaje de Cervantes, como si este hubiese vivido en nuestra época: voces, locuciones, modismos habia (y no pocos) entonces que ya no son admitidos por el uso moderno. El que tuvo discernimiento y franqueza para conocer y declarar (t. II p. 196) que el uso actual favorece mas á la claridad y exactitud del discurso y que esta materia, sin perjuicio de lo mucho que floreció el habla castellana en tiempo de Cervantes, está mas afinada en el dia; ese, repito, hubiera debido escusarse el trabajo de emborronar papel para demostrar que en un período, por ejemplo, habia prodigado Cervantes los relativos; que aquí un *pero* debia ser un *tambien*; que allá no correspondia emplear la preposicion *á* sino la de *para*; que acullá tal adjetivo no era el conveniente, ó que esta gradacion no estaba bien seguida, ó que la otra inversion era violenta. No podia Cervantes, escribiendo de prisa, reparar en lo que no reparaba casi ningun autor de su siglo escribiendo despacio: y aun acaso el Quijote no debe considerarse como una obra escrita, sino como el discurso improvisado de un festivo orador, que en el tono familiar de la conversacion sabe hacerse entender bien de todos, aunque su dicción no siempre sea la mas correcta. Por lo ménos hay que confesar que el Quijote contiene un gran número de razonamientos y diálogos en que entran personas de condicion humilde, y en estos pasajes si que me parece muy inoportuno el reprender ciertos rasgos de desaliño ó descuido, porque ese descuido suele ser el natural y propio de la conversacion y de la persona que habla; y así Cervantes mas merece elogio que censura. Claro es que el labrador, el cabrero, el ventero y la fregona no han de expresarse como grandes retóricos; y probablemente Cervantes sabria mejor que nosotros como hablaban sus contemporáneos. Para los jóvenes dedicados á la literatura no dejarán de ser útiles los reparos gramaticales, aunque demasiado escrupulosos, del señor Clemencin, porque á lo ménos les enseñarán la diferencia que hay entre el lenguaje de un siglo y otro; pero Cervantes tendria derecho para decir que se le juzgaba irregularmente en virtud de leyes que en su tiempo no se hallaban establecidas. Tambien hubiera podido el señor Clemencin descartar de su comentario alguna que otra nota sobrado vulgar con relacion á personajes de la mitologia ó de la historia; pues indudablemente, de lectores que no sepan quienes fueron Tiron, Medea, el conde don Julian y el caballo Babieca, no es de presumir que manejen una edicion de lujo como es la del Quijote comentado. Otras anotaciones hay, de las que recaen sobre el plan y contestura de la fábula, que pecan tambien de rigor excesivo; pues aunque se hallan en el Quijote muchos cabos que el autor no se tomó el trabajo de anudar, no todos los que el señor Clemencin señala como tales lo son en efecto. Así no es un defecto que Cervantes diga en la primera página de su obra que tenia su héroe un mozo de campo y plaza, y que no se vuelva á hacer mencion de tal sujeto despues; porque no se nombra á ese criado allí como *persona* correspondiente á la accion, sino como *cosa* ó circunstancia relativa á la persona de don Quijote, á fin de manifestar que la hacienda del Hidalgo alcanzaba para mantener un sirviente: del mismo modo hubiera podido Cervantes hacer mencion del padre, del abuelo y otros ascendientes de don Quijote, y no por eso debiera esperar el lector que todos figurasen en la novela. Otro tanto puede responderse á la observacion de que ántes de la primera salida que hizo don Quijote con Sancho, no expresa que aquel hubiese otorgado testamento, y en la aventura descrita en el capítulo XX afirma don Quijote que habia testado: cosa de tan poca influencia en la fábula bastaba que se dijera cuando convenia; y en dicho lance venia de molde, sin necesidad de haberse anunciado anteriormente. Sin embargo, todas estas criticas poco atinadas parecen de poca monta respecto de otros reparos que nacen á mi juicio de que el señor Clemencin no entendió siempre á Cervantes. Me limitaré á ellas en el presente escrito.

Las observaciones del señor Clemencin principian desde la portada de la obra que comenta: el título de *El ingenioso hidalgo* le parece oscuro y poco feliz: yo por el contrario lo tengo por claro, propio y chistosísimo. El adjetivo *ingenioso* era una palabra muy de moda en tiempo de Cervantes, y se aplicaba principalmente á los inventores de ideas singulares y peregrinas. Ahora bien: ¿que idea mas singular pudiera darse que la que tuvo don Quijote de

resucitar la andante caballería, como remedio único de los males que afligían á la sociedad de su época, como poderoso agente para la felicidad del género humano? Se responderá que tal pensamiento, mas bien que singular, era desatinado y absurdo, como producido por la imaginación delirante de un loco. Pues en eso consiste la gracia del título, el cual lleva ya el sello de aquella ironía delicada en que sobresale Cervantes. Poco donaire hubiera tenido titular á una paródia de los libros de caballería: «El loco, el disparatado, el mentecato ó maniático hidalgo don Quijote:» siendo toda la obra una continuada burla, debía esta principiar desde el título, y á la verdad que es difícil contener la risa cuando considera uno, que todo el ingenio del infeliz Alonso Quijano (que lo tenía bonísimo, según la expresión del cura) no le sirvió mas que para atraerle burlas, desprecios, pesadumbres y palizas. El adjetivo *ingenioso* aplicado por Cervantes á una *persona*, está empleado con respecto á una *cosa* por don Manuel Breton de los Herreros con igual sentido en los versos siguientes de una de sus comedias.

Uno de los cien ministros
Que al año vienen y van,
Para acabar con don Carlos
Y su facción infernal,
Halló el *ingenioso* arbitrio
De dejarme á mí sin pan.

¿No sería ridículo el argüir á Breton diciéndole que tal arbitrio mas bien era inhumano y necio que ingenioso? La intención pues del pretendiente que calificaba de ingenioso al decreto que le quitaba su modo de vivir, y la del escritor que llamaba ingenioso al hombre que juzgaba hacer un gran servicio á su patria, restaurando una institución que ya no podía sostenerse, eran idénticas: ambas expresiones son pullas. Al que no se persuade con estas razones, y crea que el dictado de *ingenioso* debe entenderse aplicado en sentido natural y recto, se le podrá repetir, como queda indicado, que don Quijote fue autor de un pensamiento ó arbitrio que en su tiempo no se le hubiera ocurrido á nadie, y esto basta para que también en sentido recto esa calificación sea propia. De cualquier modo el título está bien.

En el primer capítulo de don Quijote se halla el trozo siguiente, en el cual antes del señor Clemencin nadie había encontrado qué reparar. «Vió que tenían (las armas de los bisabuelos del hidalgo) una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrion simple; mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que encajada con el morrion hacia una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana: y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos.» El señor Clemencin pone dos advertencias á este pasaje; en la primera dice que si con el primer golpe deshizo don Quijote lo hecho ¿en donde dió el segundo? La pregunta hace reír: ¿que duda tiene que encima de la media celada rota pudo el buen hidalgo dar no solo otro sino doscientos? Lo que se colige de la relación de este hecho, que está pintado con una verdad pasmosa, es que don Quijote impaciente de ver que tal le había salido su obra de pasta, dió con gran prisa las dos cuchilladas una tras otra, y hasta despues de haber descargado la segunda, no reparó que había roto la celada con la primera. El segundo reparo es mas importante, y recae sobre aquella salazísima advertencia de que no dejó de parecer mal á don Quijote la facilidad con que había hecho la celada pedazos. Las palabras del comentario son estas: «todo lo contrario, no dejó de parecerle bien: para conservar la palabra *mal*, era menester decir: y no le pareció mal la facilidad, etc.» Se vé que el señor Clemencin creyó que Cervantes había querido decir que don Quijote se alegró de haber roto su obra; y Cervantes ni quiso ni pudo querer expresar tal cosa. ¿Como le había de parecer bien á don Quijote el haber inutilizado en un momento el trabajo de ocho días? Le pareció muy mal, porque vió que había hecho una cosa que de nada le servía; le pareció tan mal, que cuando compuso despues la celada «y la diputó y tuvo por celada finísima de encaje» se guardó muy bien de hacer segunda experiencia con ella: ¡tan escarmentado quedó de la primera que hizo!

En el capítulo siguiente se detiene el comentador en este periodo: «Vió no lejos del camino una venta, que fue como si viera una estrella que á los portales, sino á los alcázares de su redención le encaminaba.» Advierte bien el señor Clemencin que aquí se alude al portal de

á la garganta, la una en la cadena y la otra de las que llaman guarda-amigo ó pie de amigo, de la cual descendian dos hierros que llegaban á la cintura, en los cuales se unian dos esposas donde llevaba las manos cerradas con un grueso candado.» Nota el señor Clemencin con sobrada razon que este preso no venia *poco* diferentemente atado que sus compañeros, sino *mucho*: ¡es una friolera la diferencia! —¿Seria irónico aquel *un poco*? Puede; pero á mi entender no lo parece: mas bien creo que esas dos palabras pertenecen á la frase anterior por estar la puntuacion trastornada, debiendo leerse: «un hombre de muy buen parecer... sino que al mirar metia el un ojo en el otro un poco: venia diferentemente atado que los demas, etc.

Se halla en el mismo capítulo esta enfática espresion puesta en boca del propio galeote Gines: «Basta; que podria ser que saliesen algun dia en la colada las manchas que se hicieron en la venta.» Tiene el señor Clemencin esto por alusion á algun incidente ocurrido en los dias anteriores, durante el viaje de los galeotes, en alguna venta: yo lo tengo por un modo proverbial de decir (que se usaria entonces en tono de amenaza) y que equivaldria á la espresion de «pagarlas todas juntas.» En tono tambien de amenaza solemos hoy decir á una persona «que algun dia se sabrá todo, hasta lo de la callejuela,» y lo mismo se alude con este dicho á lances ocurridos en callejuela, que á los que hayan sucedido en casa, en plaza, ó en despoblado.

En el Cap. XXIII llora Sancho la pérdida de su rucio, y don Quijote que *vió* el llanto y supo la causa» consuela á Sancho. El comentador cree que Cervantes debió escribir *oyó*, y no *vió*. No se alcanza la razon. En el llanto suele haber lágrimas y sollozos; aquellas se *ven*, estos se *oyen*: el escritor puede referirse indistintamente á lo uno ó á lo otro.

El título del Cap. XXVI es el siguiente: *Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo don Quijote en Sierramorena.* Segun el señor Clemencin, estaria mejor *las finezas de enamorado que hizo, ó las finezas que hizo de enamorado.* El señor Clemencin supone que hay aquí una trasposicion; yo entiendo que la frase está en su órden natural, porque me figuro que el autor quiso decir: «las finezas que de *puro* enamorado hizo don Quijote.»

Estas desaliñadas observaciones me han ocurrido de paso al ojear los dos tomos primeros del comento del señor Clemencin, curiosísimo y útil en lo demas por muchos títulos; y convingo enteramente con el comentador en que por un supersticioso respeto á las ediciones primeras del Quijote, muy defectuosas en todos conceptos, nos hallamos todavia sin una edicion de esta admirable obra corregida de varios defectos que sin duda son yerros de copia ó de imprenta y no de Cervantes.

Recorreré mas de lijero los cuatro tomos restantes del Quijote comentado, porque bastan á mi parecer las observaciones anteriores para que se comprenda qué grado de estimacion merece la obra del señor Clemencin, y tambien porque habiéndose publicado los tres volúmenes pertenecientes á la segunda parte despues del fallecimiento del comentador, es de presumir que no habia dado á sus apuntes la última mano, y que al tiempo de imprimirlos hubiera suprimido ó modificado algunas notas poco oportunas que se hallan entre otras dignas de singulares elogios.

En la novela del *Curioso impertinente* hay en un discurso de Lotario á su amigo Anselmo el trozo que sigue.—«Si el cielo ó la buena suerte te hubiese hecho poseedor de un finísimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviesen satisfechos cuantos lapidarios lo vieses, que todos á una voz y de comun parecer dijesen que llegaba en quilates, bondad y fineza á cuanto podia extenderse la naturaleza de tal piedra, y tú mismo lo creyeses así sin saber otra cosa en contrario: ¿seria justo que te viniese deseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre un ayunque y un martillo, y allí á pura fuerza de golpes y brazos probar si es tan duro y tan fino como dicen? y mas si lo pusieses por obra?» Cree el señor Clemencin que el *mas* de abajo corresponde con el *justo* de arriba; por lo cual tachando de oscuro el *pasage* piensa que podia enmendarse poniendo: «¿no seria injusto que te viniese en deseo de tomar aquel diamante... y mas si lo pusieses por obra?» Como si dijera «¿no seria injusto deseárselo y mas injusto ponerlo por obra?» Yo creo que la oscuridad no es tanta que no admita la frase una ó dos interpretaciones mas naturales que la indicada en el comento. Primeramente, aquel *y mas* puede considerarse regido del *tan fino como dicen* que inmediatamente le precede. Quiétese el primer interrogante, léase unido todo, y comprenderemos que Lotario quiso decir esto: «Si el cielo te hubiera hecho posesor de un diamante... y de comun parecer dijesen que llegaba en quilates á cuanto se podia estender la naturaleza de tal piedra... ¿Seria justo que te viniese en deseo... probar si es tan fino como dicen y mas, si lo pusieses por obra?»

Belen; pero se equivoca en añadir que falta la partícula *no* y que debiera escribir Cervantes: que *no á los portales, sino á los alcázares de su redencion* le encaminaba. *Alcázar* y *redencion* se contradicen en esta frase, porque el Redentor no nació en ningún alcázar, sino en un portal: por consiguiente el texto está bien con el correctivo del *sino* y debe entenderse como se entendería parafraseándolo de este modo: «fue como si viera una estrella que le encaminaba (como la de los magos) á los portales de su redencion, ya que á los alcázares no pueda decirse con propiedad (por la razon citada)» (1).

En el Cap. III, en el cual aconseja el ventero á don Quijote que lleve dineros, hilas y ungüentos, escribe Cervantes: «Cuando sucedia que los tales caballeros no tenían escuderos (que eran pocas y raras veces) ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecían, á las ancas del caballo, como que era otra cosa de mas importancia.» Clemencin cree que lo natural era decir *de menos importancia*; yo pienso que el ventero hablaba perfectamente, porque solo podia parecer disculpable que un caballero andante llevase alforjas, suponiendo que era para cosas de la mayor importancia; para cosas de mas importancia si cabe, que el dinero y las medicinas, artículos que interesan directamente á la manutencion y á la salud del propio individuo. Si despues de *cosa* se pone un *todavía*, se comprende la idea con mas claridad.

En el Cap. XI extraña el comentador que se llame *comida* á la que hicieron don Quijote y Sancho mucho despues de las tres de la tarde; y no recuerda que no se la podía llamar sino así, porque los asendereados andantes no habian hecho otra en todo el día. De cinco á seis de la tarde come ahora quizá la tercera parte de los habitantes de Madrid, y á pesar de la hora no se dice que meriendan ni cenan, sino que comen.

En el Cap. XIII, hablándose del rey Artus, se dice *aque* andando los tiempos ha de volver á reinar y cobrar su reino y cetro. «Reinar y cobrar su reino son para el comentador una misma cosa; para mí no, porque se puede reinar en cualquier país, pero solo puede uno cobrar su cetro siendo rey donde ya reinó.

«Hicieron una mala cama á don Quijote (se lee en el Cap. XVI) en un camaranchon que en otros tiempos daba manifiestos indicios que había servido de pajar muchos años.» Segun el comentador sobra aquí una de las dos cosas: si queda *en otros tiempos* debe suprimirse *muchos años*. No es así en mi dictámen: se dice *en otros tiempos* porque el haber sido pajar aquel cuartocho no era cosa reciente; se dice *muchos años* porque no había servido de pajar un día ni dos, sino largo tiempo.

Al desengañarse don Quijote (Cap. XVII) de que la venta donde asistía Maritornes era venta y no castillo, pone Cervantes en boca del héroe estas expresiones; «lo que se podrá hacer por ahora, es que perdoneis por la paga; que yo no puedo contrayenir á la órden de los caballeros andantes... que jamas pagaron posada.» Al comentador le parece que no es esta la contestacion que debia esperarse de don Quijote, habiendo confesado su engaño, sino que era mas natural que pagase al ventero. Para mí tiene muchísimo gracejo esta ocurrencia, porque es inesperada y propia: inesperada, porque despues de decir don Quijote: «engañado he vivido... pensé que era castillo y no malo,» cree el lector que va á pagar, y luego sale diciendo que no paga; propia, porque don Quijote obra con arreglo á sus ideas, en atencion á que cree que los caballeros andantes no pagaban nunca hospedaje.

Sancho despues de ser mantenido en dicha venta, salió de ella, segun refiere Cervantes, muy *contento* de no haber pagado, y tan *turbado* que se dejó olvidadas allí las alforjas. Para el comentador no se aviene bien uno con otro. Parece sin embargo muy fácil de comprender que Sancho salió *contento* por haber hecho su gusto, y salió *turbado* porque acababan de mantenerle, que es cosa capaz de atolondrar á una cabeza de bronce. A esta razon fisica se puede añadir otra moral diciendo que un contento puede turbar lo mismo que una pesadumbre.

El retrato del galeote Ginesillo de Parapilla está desempeñado en el Cap. XXII en esta forma. «Tras de todos estos venia un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metia el un ojo en el otro; un poco venia diferentemente atado que los demas, porque traia una cadena al pie tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas

(1) Acaso la duda se desvaneceria, convirtiendo la conjuncion *sino* en un *si* condicional y en el adverbio de negacion *no*. Inviértase el órden del texto, tómesele en sentido jocoso, y dígase: *una estrella que, si no le encaminaba á los alcázares de su redencion, le encaminaba á los portales.* ¿Seria esto así?—MARTINEZ DEL RUIERO.

¿Seria justo (parafreseémoslo en beneficio de los menos inteligentes) ¿seria justo probar si es tan fino como dicen que es, y aun mas fino que dicen, si llegara el caso de poner tu deseo ó tu pensamiento por obra? Porque ciertamente con niugun diamante se habria hecho una prueba igual; y por tanto suponiendo que Anselmo hiciese tal experiencia en el suyo, tendria derecho para estimarlo no solo al par de los de mas valor, sino como piedra de mérito mas relevante que todas las que no habian sufrido tan duro exámen.

La segunda esplicacion es mas sencilla, y por lo mismo es preferible. Hágase punto despues de las palabras *como dicen*; sobreentiéndase la conjuncion *y*, despues de *mas*, para abrir una pregunta nueva, y el sentido aparecerá claro diciendo: «Y mas: (y mas te digo; hay mas:); ¿y si lo pusieses por obra?» La omision de la *y* en este género de interrogaciones era comunisima en tiempo de Cervantes, como lo manifiestan los ejemplos siguientes:

Enrique.

Me iré; pues en eso das;
mas ¿si en amar te resuelves
al marques?

(Mas ¿y si te resuelves en amar al marques?)

Leonora.

Pues ¿á eso vuelves?

Enrique.

¡Ay mi bien! no puedo mas.

(Tirso de Molina en la comedia *Amar por razon de estado*, acto segundo, escena quinta.)

Don Juan.

¿Si te persiguen?

(¿Y si te persiguen?)

Doña Elena.

Sufrir.

Don Juan.

¿Si te combaten?

(¿Y si te combaten?) etc.

Doña Elena.

Vencer.

Don Juan.

¿Si te prenden?

Doña Elena.

Padecer.

Don Juan.

¿Si te apremian?

Doña Elena.

Resistir.

Don Juan.

¿Si te violentan?

Doña Elena.

Morir.

(Tirso de Molina, comedia de *La firmeza en la hermosura*: acto segundo, escena tercera.)

«He tenido con el gigante (dice don Quijote en el Cap. XXXVII) la mas descomunal y desafortada batalla que pienso tener en los dias de mi vida; y de un revés, zas, le derribé la cabeza en el suelo, y fue tanta la sangre quesalió, que los arroyos corrian por la tierra como si fueran de agua.—Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor, respondió Sancho.» Para el señor Clemencin quedaria la espresion mas airosa y gallarda si se suprimiera la palabra *tinto*, que la entorpece algun tanto. «Corrian (habia dicho don Quijote) los arroyos de sangre como si fueran de agua.—Como si fueran de vino correspondió que corrigiese Sancho, porque la oposicion entre agua y vino es mas clara, mas neta, mas absoluta que entre *agua* y *vino tinto*.»—Será todo lo que quiera el comentador; pero la réplica está perfectamente dicha, porque Cervantes no trató de esforzar la *oposicion* entre agua y vino, sino la *semejanza de color* entre *sangre* y *vino tinto*, que fue lo que engañó á Sancho la noche ántes al entrar en el aposento de don Quijote. Sancho tuvo el vino tinto por sangre (error en que tal vez no hubiera caido á ser el vino blanco); Sancho quiere desengañar á don Quijote, y nombra el vino con la circunstancia que juzga mas á propósito para que su amo se desalu-

cine. No le quiso decir: «lo que á usted le parecia correr como agua, era vino; sino lo que usted creyó que era sangre, era el vino que mas se le parece, el tinto.»

«Ser homicida de todo el género humano» (Cap. XL) le parece al comentador un pleonasma, porque (dice) no se puede ser *homicida* sino de *hombres*.—A juzgar al señor Clemencin con la quisquillosa severidad con que trata á Cervantes, aquí venia de molde el replicarle que el género humano se compone de hombres y de mujeres, por lo cual no habia pleonasma sino extension en la calificacion citada, una vez que se referia á un hombre feroz, que lo mismo se ensangrentaba en individuos del uno que del otro sexo. Pero sin necesidad de recurrir á tan ridícula sutileza, claro está que una cosa es ser homicida (ó matador) de algunos hombres, y otra pretender como Azan bajá ser matador de *todos*, que es lo que quiso significar Cervantes con las palabras «homicida de *todo* el género humano.» En aquel *todo* entrarían los padres y hermanos de Azan (caso que los tuviera) y todas las testas coronadas: de modo que no solamente califica Cervantes al bajá de homicida, sino de parricida, fraticida y regicida.

Escribe el cautivo á Zoraida (Cap. XL): «A lo que dices... que has de ser mi mujer, yo te lo prometo.» Empéñase el señor Clemencin en que la expresion está mal, porque la promesa de que se habla no es del cautivo sino de Zoraida; lo cual es como si se dijera: *yo te prometo tu promesa*.—Pero por amor de Dios, señor Clemencin, ¿no se necesita para un matrimonio la voluntad de los dos contrayentes? Es claro que sí. Luego no basta que diga Zoraida: «yo he de ser tu mujer» mientras el cautivo no le responda «si lo serás, porque yo vengo en ello.» No es decir «yo te prometo tu promesa,» sino «yo acepto tu oferta, y por mi parte prometo lo mismo: tú te ofreces á ser mi mujer; yo prometo que lo serás, yo prometo ser tu marido.»

El título del Cap. LII dice á la letra: «De la pendencia que don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los disciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.» Comprendió muy bien el señor Clemencin que el relativo *á quien* estaba en plural segun se usaba en el siglo XVII, en vez de *á quienes* como ahora se diria, ó mejor *á las cuales*; pero antójasele que no intervino *sudor* en las dos aventuras de dicho capítulo. ¿Y que aventuras son estas? Poca cosa. Primera: que don Quijote arroja un pan en la cara á un cabrero, y este salta sobre don Quijote, le ase del cuello, y si Sancho no acude, le ahoga. Libre don Quijote, vuelve á embestir al cabrero, el cual pilla á don Quijote debajo y le da de mojicones hasta que de puro cansado le suelta. Segunda aventura. Harto de porrazos, va don Quijote corriendo á enfrenar su caballo, monta en él, acomete á unos disciplinantes, y uno de ellos le sacude tal garrotazo, que le derriba al suelo sin sentido. Si tal brega á pié y á caballo no es capaz de hacer sudar el quilo á cualquiera, que venga un luchador y lo diga. Pero lo mas gracioso es que Cervantes probablemente usaria en sentido figurado las palabras *á costa de su sudor*, y lo que deben de significar es *á costa de su pellejo*, á costa del cuerpo de don Quijote.

Sancho (segunda parte, Cap. II) pugnaba por entrar en casa de don Quijote, y el ama y la sobrina le defendian la puerta. *Defender*, á juicio del comentador está usado en la significacion de *prohibir*... No hay tal cosa: nunca se dice *prohibir* una *puerta*, en lugar de *prohibir que se entre por ella*; pero se dice y se comprende muy bien que se *defiende* una puerta cuando hay una persona que pugna por entrar, y una ó mas hacen resistencia. Esto es algo mas que prohibir.

Al pisar las calles del Toboso (Cap. IX) don Quijote y Sancho, se hace esta descripcion grotesca. «No se oia en todo el lugar sino ladridos de perros... de cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñian puercos, mayaban gatos; cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche.» Opina el comentador que *vozes* no se dice con propiedad sino de las humanas. Sin embargo, el Diccionario de la Academia española define la palabra *voz* diciendo que es el sonido formado en la garganta y proferido en la boca del *animal*. Segun la Academia tambien es *voz* la de los irracionales (1).

En el Cap. XII de la segunda parte se cuenta la aventura del caballero de los espejos, ó mas bien, del bachiller Sanson Carrasco, que con tal disfraz se habia propuesto vencer á don Quijote y mandarle que se retirase á su aldea. Apéase el fingido caballero en un bosque donde estaban durmiendo don Quijote y Sancho; despiértase don Quijote al ruido que de propósito hacian los recién llegados; atiende y oye que el desconocido toca un laud.—Y repara sobre esto el señor Clemencin «que no era el laud mueble muy cómodo para quien caminaba arma-

(1) En todos los buenos diccionarios de las lenguas se dice lo mismo.—MARTINEZ DEL ROMERO.

do por montes y selvas en busca de un loco.»—Harto mas incómodas eran las armas, y el bachiller viajaba con ellas. El llevar el laud era para hacer que el encuentro del bachiller y don Quijote fuese lo mas novelesco posible (1).

Don Diego de Miranda, el caballero del verde gaban, dice (Cap. XVI) que no mantenía halcón ni galgos, sino «algun perdigon manso ó algun huron atrevido.»—Antójaselo al señor Clemencin por la añadidura de *manso*, que se habla de *perro perdiguero*, y no de *pollo de perdiz*.—Entonces hubiera dicho Cervantes una simpleza. ¿Qué perro perdiguero no suele ser manso? Por el contrario, un perdigon puede muy bien no serlo, porque no es ave domesticada. Cervantes habló sin duda de un perdigon *domesticado*, de aquellos á quienes se enseña á que vengan á comer en la mano y no se espantan de los tiros.

Referido por Sancho Panza el famoso cuento del hidalgo que convidó á comer á un labrador pobre (Cap. XXXI), «púsose don Quijote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaban y se le parecían.» Y dice el comentario: «sospecho que está errado el testo; pero no me ocurre como pudo decir el original.»—El original diría como el impreso, porque está bien. *Parecerse* aquí es *aparecer*, mostrarse, traslucirse, asomarse ó dejarse ver. Cervantes dice que á don Quijote un color se le iba y otro se le venía, y que estos colores se le traslucían, ó le asomaban al rostro, y se lo jaspeaban sobre su tez morena.

Quieren los pinches de cocina en casa del duque lavarle á Sancho las barbas con agua de fregar, usando de un artesón por bacia; y amostazado Sancho de la pesada broma, exclama: «la costumbre del lavatorio que aquí se usa, es peor que de disciplinantes.»—Expresion que no se entiende (pone abajo el señor Clemencin), porque ¿qué es *costumbre de disciplinantes*?—Yo digo lo mismo: tampoco lo entiendo; pero vaya un par de conjeturas nacidas de la palabra *lavatorio*. De los instrumentos que los disciplinantes usaban para zurrarse, uno era un palo ó caña de donde salían unos ramales que llevaban á la punta una bola de cera erizada de pedacitos de vidrio, algunos de los cuales, se les clavaban á los pacientes en la carne. Cuando á estos les lavaban la espalda para limpiar la sangre y ver si tenían hincado algun vidrio, la operacion debia ser algo prolija y no poco dolorosa. Ahora bien: ¿querria decir Sancho que el sucio lavatorio de barbas que le querian hacer los cocineros del duque, le incomodaba mas que el lavatorio que tenia que sufrir un disciplinante despues de vapulado? Esta expresion no me contenta: vamos á otra. Quizá los disciplinantes acostumbrarian entre sí hacer en Jueves Santo el lavatorio de pies propio del dia, y como eran por lo comun gente soez, la tal ceremonia debia ser harto desaseada. A saber con certeza que hubiese existido este uso, ya era fácil de comprender que Sancho se quejaba de que le querian lavar las barbas con agua mas puerca que la que dejaban los disciplinantes al lavarse los pies.

Muerto el jabalí en la cacería que dispusieron los duques para divertirse con don Quijote, se retiraron á comer (Cap. XXXIV), «y en requerir algunas paranzas y puestos se les pasó el dia.» Pregunta Clemencin: ¿para qué esta requisa si al otro dia no habian de cazar?—Respondo: para ir llevando disimuladamente á don Quijote al punto por donde habian de salir los carros de los encantadores.

En el Cap. XLIII reprende con enojo don Quijote á Sancho por su mania de ensartar refranes á cada paso.—Sancho contesta:—«vuesa merced se queja de bien pocas cosas. A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo sino refranes.» COMENTO. «Expresion que no entiendo bien. Acaso seria menos oscura poniendo: ¿á qué diablos se pudre? como si dijera: ¿á quién se le echa á perder nada, á quién resulta mal ajeno de que yo me sirva de mi hacienda?» El Señor Clemencin no comprendió en este pasaje ni la posicion ni el significado del verbo, ni de quien venia este regido. *A qué* está usado para preguntar en lugar de ¿para qué? ó ¿por qué? *Pudre* se refiere á vuesa merced, es decir, á don Quijote: *puadrirse* significa en sentido metafórico incomodarse, consumirse, aburrirse, quemarse, como ahora decimos. Póngase á la oracion el interrogante que está pidiendo, y resultará: «¿á qué diablos se pudre que yo me sirva de mi hacienda?» Lo cual equivale á decir: «¿Por qué diantres se incomoda V. de que yo me sirva de mi hacienda pues no tengo otra que la de mis refranes?»

TESTO DE CERVANTES: Cap. LI. «Un rio dividia dos términos de un mismo señorío.» COMENTO. Cosa imposible; no puede haber dos términos sin ser distintos los señoríos.—DEFENSA. Cosa posibillísima y clarísima: el rio dividia dos términos *de dos pueblos*, que pertenecian á un mismo señor. Léase el trozo á cualquier patan: y ¿á que lo entiende al golpe?

(1) La afición á comentar hizo olvidar al señor Clemencin que el caballero de los espejos no necesitaba llevar el mismo el laud, pues le acompañaba un escudero.—MARTINEZ DEL ROMERO.

TESTO: Cap. LXII. «Me precio de cantar algunas estancias del Ariosto.» COMENTO. Aquí hay una impropiedad. Las estancias de Ariosto, como que no son del género lírico, tampoco pertenecen á las poesías cantables.—DEFENSA. Todo verso se puede cantar: las octavas del Taso se cantan en Italia; en España pueden cantarse las del Ariosto. El soneto es quizá menos cantable que la octava, y sin embargo en el mismo Quijote se cantan algunos.

TESTO: Cap. LXVI. «Dijo Sancho á los labradores, que estaban muchos al rededor dél, la boca abierta esperando la sentencia de la suya; hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino.» COMENTO. No me suena esto bien: mejor estaría: «dijo Sancho á los labradores, muchos de los cuales estaban al rededor de él con la boca abierta, etc.»—DEFENSA. No es eso: el que no es relativo, si no causal y equivalente á *porque* ó *pues*. Antepóngasele un paréntesis y quedará mas perceptible: véase. «Dijo Sancho á los labradores (que estaban, *porque estaban*, *pues estaban*, muchos al rededor de él....) hermanos, lo que el gordo pide, etc.»

TESTO: Cap. LXXII. «Parece que habia madrugado el sol á ver el sacrificio.» COMENTO. No se entiende bien qué sacrificio era este.—CONTESTACION. Verdad es; pero puede colegirse que alude al destrozo que Sancho habia hecho en los árboles descortezándolos con los azotes que fingió darse en las espaldas.

TESTO: Cap. LXXIII. «Los muchachos decian unos á otros: venid y vereis la bestia.... de don Quijote.» COMENTO. No es verosímil que los muchachos del lugar diesen á nuestro hidalgo este nombre que él se habia puesto, sino el que anteriormente tenia, que era el de Alonso Quijano. DEFENSA. Los muchachos del lugar, que rabiarian por poner mote á todo el mundo, debian llamar al ingenioso hidalgo con el postizo nombre que le hacia ridículo.

TESTO: Cap. LXXIV. «Vuesa merced (dice Sancho) habrá leído en sus libros de caballerias ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros á otros.»—COMENTO. ¿Pues qué, los habia leído Sancho? DEFENSA. ¿Y decia Sancho que los hubiese leído? Lo que hace es recordar á su amo lo que el mismo don Quijote habia dicho en otros términos mas de una vez.

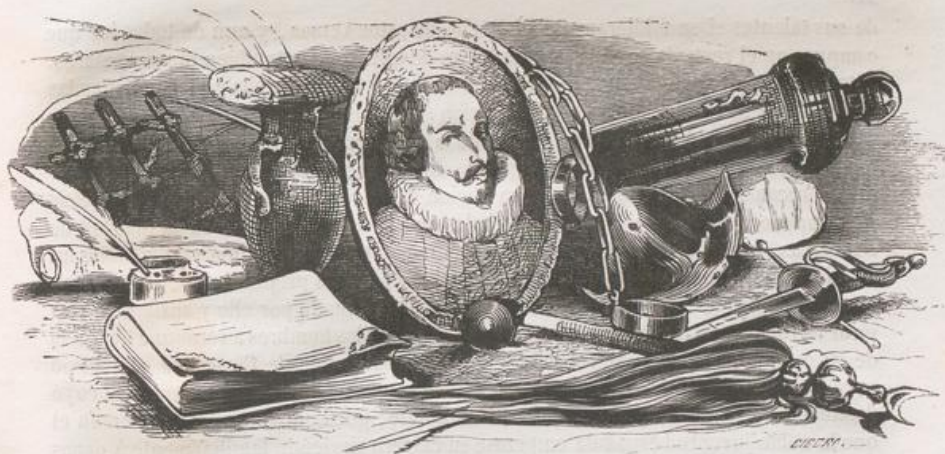
Para no concluir estas apuntaciones con el mal sabor que dejan polémicas de tal especie, y para rendir de paso al señor Clemencin el tributo de alabanza que á su laboriosidad y buen gusto es debido, daré cuenta aquí de una de las notas mas curiosas y amenas de su comentario (tomo V, pág. 165), en la cual se trata principalmente de averiguar quien fue la verdadera persona que Cervantes designó bajo el nombre de Dulcinea. Parece que Cervantes hubo de estar en el Toboso por los años de 1584 hasta el de 1588, y que entonces fue apaleado por los vecinos de aquella villa: suficiente motivo para creer que en todo lo perteneciente al Toboso fuese la pluma de Cervantes guiada por el resentimiento y el afan del despiques. Así el señor Clemencin observa muy oportunamente que cuando Cervantes dice que en el Toboso hay muchos linajes antiguos y buenos, se burla á ojos vistas de los toboseños, porque la mayor parte de la poblacion era de moriscos, y no habia en ella mas que un solo hidalgo, que era el doctor Zarco de Morales. Como expresa Cervantes que Dulcinea era principal y bien nacida, naturalmente le ocurrió al señor Clemencin que la persona á quien Cervantes encubrió con este nombre fingido, debia pertenecer á la casa del doctor Zarco: tenia el doctor una hermana soltera, y reparando el señor Clemencin en la analogia que hay entre el apellido *Morales* de aquella familia y el de *Nogales* que dió Cervantes á la madre de la supuesta Dulcinea, pues uno y otro son apellidos de árboles, y tienen igual número de letras, igual desinencia y unas vocales mismas, dice (y dice muy bien) que en vista de tales precedentes «no parecerá temeridad creer que el original de Dulcinea fue la señora *Ana Zarco de Morales*, hermana del doctor del mismo apellido. Con un poco de atrevimiento aun á mi entender cabe esforzar mas estas conjeturas. Cervantes dice que Dulcinea se llamaba en su pueblo *Aldonza Lorenzo*: la hermana del doctor, la presunta Dulcinea del señor Clemencin, se llamaba *Ana Zarco de Morales*; parando la atencion en las letras que componen este nombre y sus dos apellidos, échase de ver que forman un anagrama, aunque imperfecto, de *Aldonza Lorenzo*. Tomando solo el nombre *Ana* con el apellido último de *Morales* y repitiendo una vez las letras *O*, *L* y *S*, resultan los nombres *Aldonsa Loremsa*; pero usando tambien del primer apellido *Zarco*, y repitiendo una *O* y la *L*, salen perfectamente las dos palabras *Aldonza Lorenzo*, sobrando las seis letras *A*, *A*, *C*, *E*, *M*, *R*.

Aun hay mas. A la madre de Dulcinea dió Cervantes el nombre de *Aldonza Nogales*; la madre de la *Ana Zarco* se llamaba *Catalina Morales*: antepóngasele un *de* al apellido, y con las letras de él y del nombre, repitiendo la *C*, la *N* y la *O*, formaremos *Aldoncia Nocales*, sobrando una *A*, una *E*, una *M*, una *R* y una *T*; si no se pone la preposición y se repiten la *C* y la *O*, resulta *Altomcia Nocales*, y no sobran mas que una *A* y una *R*. Todavía puede añadirse

algo. Cervantes llamó al padre de Dulcinea *Lorenzo Corchuelo*; y aunque las letras de este nombre no se avienen con las de *Pedro Martínez Zarco*, padre de Ana; aunque es probable que con el sobrenombre de *Corchuelo*, diminutivo de *corcho* quiso Cervantes ridiculizar el original que tuvo presente y tildarle de seco y soso, de hombre de poco peso y leve capacidad; todavía examinando las letras de las palabras *el hidalgo Zarco* (pues así vulgarmente se le llamaría), y repitiendo las letras E, O, R y C, dan las dos dicciones *Lorenzo Gorchielo*, sobrando las letras A, A, D. Todos estos anagramas son defectuosos, y el último sobre todo es deforme; pero las letras que los desfiguran, son de fácil trasmutacion en las otras que les corresponden en los nombres inventados por Cervantes; y débese advertir que él evitaria de propósito el hacer anagramas cabales para tener alguna salida que dar si los sujetos anagramatizados le pedian satisfaccion ó sin pedirla trataban de tomársela. Todo esto va sobre la suposicion, bastante temeraria, de que Cervantes se entretuviera en tales puerilidades.

Muchas notas hay en el comentario del señor Clementin tan interesantes como la que ha dado ocasion á estas cavilaciones, que á la verdad me temo parezcan sobrado ridículas é impertinentes; muchas y muy buenas noticias da de usos y costumbres antiguas, y todo va escrito con la claridad y pureza propias de la pluma que trazó el *Elogio de Isabel la Católica*. Para el que en edad crecida y habiendo antes leído y admirado *el Quijote*, quiera comprender muchas cosas que no estan al alcance de todos, el comentario del señor Clementin podrá generalmente ser provechoso; pero si cae en manos de un jóven ú otra cualquiera persona que por vez primera vaya á leer la obra de Cervantes, la gran joya de nuestra literatura, el efecto que le harán tantos y tan pelillosos reparos será desconceptuar para con él tanto al autor como á su libro; y hacérselo cerrar y tirar á un lado, diciendo que obra tan defectuosa ni puede ni debe leerse. El *Quijote* se debe juzgar con mas fe que doctrina, por el sentimiento y no por las reglas: y si el señor Clementin hubiera sabido algo menos, algo mejor hubiera sido su comentario.





VIDA DE CERVANTES.



Nació Miguel de Cervantes Saavedra en Alcalá de Henares, y fue bautizado en su parroquia de Santa Maria la Mayor el 6 de octubre de 1547. Fueron sus padres Rodrigo de Cervantes, hijo de Juan de Cervantes, corredor de Osuna, y doña Leonor de Cortinas, señora natural de Barajas. Sus padres le inclinaron desde niño á las letras con intencion de que siguiera en ellas alguna carrera útil. La teología ó la jurisprudencia le hubieran sin duda proporcionado una subsistencia segura, una vida menos agitada y miserable, y acaso la elevacion y las riquezas; pero embebido Cervantes con los encantos de la poesia, se dejó llevar tras ella, y siguió el impulso del juicio, cuyas voces imperiosas claman siempre mas alto que las de la indigencia.

Estudió las humanidades en Madrid con el erudito Juan de Hoyos, cuya habilidad era bien conocida para este género de enseñanza; y comisionado este por el ayuntamiento de Madrid para disponer las exequias que se hicieron en octubre de 1568 por la desgraciada Isabel de Valois, quiso que sus mejores discípulos se ejercitasen en las composiciones que se habian de colocar en la iglesia de las monjas llamadas las Descalzas Reales. En la relacion que hizo de dichas exequias, cita varias composiciones de Cervantes, escritas con aquel motivo, y le llama *mi caro y amado discípulo*. Alentado con la buena acogida que tuvieron sus primeros ensayos poéticos, compuso algunas otras obrillas fugitivas, entre ellas una especie de poemita pastoral, y varios sonetos, rimas y romances recordados en su *Viaje al Parnaso*. Pero haríase mal juicio

de sus talentos si se midieran por el mérito de estos versos, y aun de todos los que compuso en el resto de su vida, sin embargo de que los hizo tambien muy regulares. Este escritor tan ingenioso y tan rico, que en su prosa derramaba á manos llenas las flores mas bellas y elegantes, y cuya dición suspende por su armonia y su dulzura; en su poesia, encadenado con las trabas de la versificación, se arrastraba dificultosamente, y en nada acertaba. Huía la poesia de sus versos desgraciados, sin que pudiesen reconciliarla en ellos ni la ciega afición de Cervantes, ni su continuo ejercicio de componer. Semejante á aquellos árboles que frondosos y bellos en la libertad de sus selvas, trasladados al recinto de los jardines pierden su lozania y se marchitan.

No era extraño, pues, que el éxito de sus primeras producciones, todas compuestas en verso, mortificase su amor propio. Despechado por ello y ansioso de mejorar fortuna, salió de España y fué á Roma. Piensan los hombres á veces que huyendo de su destino escapan de su influencia: la espatriación de Cervantes solo sirvió para empeorar su condicion. Camarero primeramente del cardenal Acquaviva, cuyo destino, no era, como puede creerse, humillante, pues que entonces era comun el que la noble juventud española empezase su carrera sirviendo familiarmente á papas y cardenales, de lo que hay muchos ejemplos; y no conviniendo esta clase de vida con los altos pensamientos de nuestro escritor, sentó plaza en 1569 en las tropas españolas residentes en Italia. Asistió á la batalla mas asombrosa que han visto los siglos, la batalla de Lepanto, en que los cristianos triunfaron del poder otomano, y humillaron la soberbia de Selim II. Cervantes recibió en ella tres arcabuzazos, dos en el pecho, y uno en la mano izquierda, que estropeada por toda su vida fue testimonio perpétuo de su valor y de la ingratitude de su patria.

Esta desgracia fue seguida de otra mayor. El dia 26 de setiembre de 1575 su galera llamada *el Sol*, en la cual volvia á España en compañía de su hermano Rodrigo, que tambien era un soldado valiente, y de otros militares y caballeros, se encontró con una escuadra de galeotas, mandada por el célebre corsario Arnaute Mamí; y despues de un combate muy reñido quedó prisionera, y fue Cervantes llevado cautivo á Argel, tocando en suerte al arraez Dali Mamí, renegado griego.

Era este un bárbaro impenetrable á los gritos de la humanidad y de la clemencia. Despreciando Cervantes el temor que le inspiraba su carácter sanguinario, se dió á buscar los medios de sacudir la esclavitud intolerable á su alma generosa. Huyóse de la casa de su amo, y se escondió en una cueva que en un jardin á orillas del mar habia cavado un cautivo. Allí con otros compañeros estuvo aguardando ocasion de que se rescatase un mallorquin llamado Viana, el cual debia volver por ellos. Entre tanto el cautivo jardinero servia de atalaya, otro de vivandero, y Cervantes, alma de la empresa, los animaba, y cuidaba de todos. Viana se rescató y fiel á su promesa: de vuelta á su patria equipó una embarcacion y se arrimó á la costa de Argel en busca de sus amigos; mas quiso la desgracia que al tiempo de saltar en tierra le conociesen los moros, y viendo que alarmaban la costa se vió precisado á largarse al mar, y no volvió á parecer.

Los infelices soterrados que habian visto su llegada, y su desaparicion, alentados por Cervantes, que les aseguraba el retorno de Viana, se entregaban otra vez á la esperanza cuando fueron vendidos por el que les servia de vivandero. Este pérfido descubrió al rey Azan el secreto de la cueva, y tuvo osadia para ponerse al frente de los soldados que fueron á reconocerla. Cervantes sin desconcertarse por golpe tan inesperado, luego que le presentaron al rey se ofreció solo al castigo para salvar á sus compañeros. Mamí le reclamó, y con admiracion de todo Argel no le impuso pena alguna; menos irritado de su fuga, que lleno de respeto por la elevacion de su carácter.

Con efecto Cervantes entre los cautivos y bárbaros del Africa era un sér tan extraordinario como lo fue despues entre los ingenios de su nacion. Sin desmayar por

el mal éxito de su primer proyecto, concertó sucesivamente otros que tambien se desgraciaron; y como si su energía se acrecentase con el infortunio, trató últimamente de alborotar los esclavos, darles libertad á todos, y alzarse con Argel. Cuando la noticia de este pensamiento atrevido llegó á oídos de Azan, se estremeció de su peligro, y no se contempló seguro sino custodiando él mismo al esclavo que tanto afán le causaba. Compró pues á Cervantes de su primer amo, y solia decir, que teniendo asegurado al estropeado español, estaban seguros sus cautivos, su reino y sus bajeles.

La libertad de Cervantes no se verificó hasta el año de 1580, en que fue rescatado por los frailes mercenarios. Estos, sobre trescientos ducados aprontados al mismo fin por doña Leonor de Cortinas, completaron la suma de quinientos escudos que exigia el moro por su cautivo. Así pudo volver á España á principios del año siguiente, y restituirse al seno de una familia empobrecida con el esfuerzo que habia hecho para hacerle libre, y con pocas esperanzas de verle adelantar.

Vuelto á su patria, se incorporó de nuevo Cervantes á su antiguo tercio, y se portó en otras varias acciones como soldado muy valeroso. Residió algun tiempo en Lisboa, y tuvo de sus amores con una dama portuguesa, una hija natural que se llamó doña Isabel de Saavedra, la cual vivió siempre en compañía de su padre, aun despues de haberse este casado. Desengañado de las ningunas ventajas que podria conseguir en la carrera militar, volvió á abandonarse á las musas, y empezó á cultivar el maravilloso talento que tenia para las obras de invencion. La primera que dió á luz fue la GALATEA, novela pastoral, impresa en Madrid el año de 1584, en la cual pintó sus amores, obsequió á su dama, y se grangeó un nombre en el mundo literario.

Eran entonces del gusto popular las pastorales, que la DIANA de Montemayor habia hecho de moda. Esta obra ademas de tener para sus contemporáneos el interes de la verdad rebozada con la máscara pastoril, presentaba tambien el mérito de una invencion agradable, escrita con buena prosa y adornada con algunos versos felices. Sus defectos son muchos: Cervantes en el famoso escrutinio notó algunos y omitió otros; pero el episodio del moro Abindarraez podia cubrir buen número de faltas. Gil Polo, uno de sus continuadores, fue quien mas se acercó á su reputacion. Sin embargo de ser su invencion mas pobre, y mas natural su estilo, la DIANA ENAMORADA, compuesta por un poeta mas hábil, salió adornada de mejores versos, y esto bastó para que se la tuviese por igual ó superior á su modelo: con efecto ni en Montemayor ni en ningun poeta de entonces se podia encontrar un idilio tan bello como la CANCION DE NEREA.

La pastoral de Cervantes, escrita con mas fuerza de imaginacion y con mas belleza de estilo que las otros dos, sin embargo de que fuese recibida con bastante aplauso, no pudo llegar á su celebridad.

Poco despues de publicada la Galatea se casó Cervantes con doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, de una ilustre familia de Esquivias, y este nuevo estado acabó de estrechar su desdichada condicion. La necesidad le obligó á hacer comedias.

El hambre es un incentivo nada seguro para la composicion de obras ingeniosas. Convertidas entonces en viles mercancías las producciones de las bellas artes, se trabajan á destajo y se venden con menosprecio. El artista en vez de escuchar las leyes del buen gusto, y seguir los impulsos de su genio, atiende solamente al capricho de los compradores, que ordinariamente está en contradiccion con los verdaderos principios: estos se olvidan, la belleza se corrompe, y el espíritu envilecido solo produce mónstruos.

Tal fue la causa de tantos delirios, que con nombre de comedias inundaron nuestro teatro en los dos siglos anteriores. Es bien notoria la mala gracia con que Lope

de Vega se defendía, reconvenido de todos los buenos críticos por sus desatinos dramáticos; y es bien notorio también que ya antes de Lope, Juan de la Cueva y otros poetas ignorantes habían abierto el mal camino. Cervantes, cuya musa surtió al teatro por el mismo tiempo, tuvo que abandonarse al desorden con más disculpa que Lope, el cual lleno de aplausos, de protecciones y de conveniencias debió dar la ley á su siglo, si es que sabía.

Las ocho comedias de Cervantes publicadas por él en setiembre de 1615 no merecen conocerse; pero es digna de todo elogio la moderación con que habla de ellas. Si recordamos por otra parte el juicio con que anunció en el Quijote las buenas leyes de la composición, y la crítica firme y atrevida que hace allí mismo de los dramas de su tiempo (1); honraremos sus principios y su gusto, aun cuando desestimemos su talento en esta parte. Además de las ocho comedias compuso Cervantes ocho entremeses, entre los cuales los hay muy chistosos, como el de los *Habladores*, que no se publicó hasta el 1624, en Sevilla, y que por esta circunstancia han creído algunos no era de Cervantes.

Abandonó este el teatro cuando Lope de Vega le ocupó. Desde entonces hasta la publicación de la primera parte del don Quijote no salió de su pluma obra ninguna de importancia. El cuidado de subsistir le aquejaría probablemente demasiado para poder cultivar las musas. En todo este tiempo, errante y vagando por varias partes de España, buscaba y no hallaba una colocación que sus talentos, sus virtudes y sus servicios tenían tan merecida. Su suerte desgraciada le lleva arrastrando de Madrid á Sevilla, de Sevilla á la Mancha; y para echar el sello al infortunio, los vecinos de Argamasilla le maltratan y le prenden, sin que se sepan hasta ahora los motivos de esta violencia.

Pero ¿qué son las cadenas para un hombre de espíritu? Aunque oprimido con ellas conserva siempre su energía, y se ríe de sus horrores. Sócrates filosofaba en su prisión tan libremente como en la plaza de Atenas: Torcuato Taso en situación semejante no lamentaba la pérdida de su libertad, sino la del arbitrio de escribir, que sus duros opresores le negaban. Cervantes encarcelado por los manchegos dió á su imaginación todo el vuelo de que era capaz, y compuso el *don Quijote*. Así, el libro más ingenioso y festivo que ha producido el espíritu humano, se hizo en una cárcel, donde, según las expresiones del autor, toda incomodidad tiene su asiento, y todo triste ruido hace su habitación.

Contemplan á Cervantes la Filosofía y la Elocuencia, cuando errante y miserable le olvidaban los grandes y le despreciaban los poetas porque no acertaba á hacer los versos que ellos; tendiendo entonces sus miradas sobre su siglo, y viendo con indignación entregada la mayor parte de los hombres á una clase de lectura extravagante, que viciaba la educación, corrompía las ideas de la moral, estragaba las costumbres, y usurpaba con las invenciones más monstruosas la atención debida solo á la belleza. Inundaban los libros caballerescos á España, y sus despropósitos eran la admiración de los idiotas, el entretenimiento de los ociosos, y tal vez distracción indigna de los discretos. Yo acabaré con esta peste, dijo entre sí Cervantes; y su imaginación grande y festiva le presentó el héroe que había de estirpar á tantos insufribles paladines.

No eran bastantes ya contra ellos ni una invectiva seca, ni un juicio aislado, como los que se habían hecho hasta entonces; débiles reparos para un contagio tan grande, y que incorporados la mayor parte en obras que el pueblo no leía, de nada servían al pueblo. ¿Qué aprovecha que un crítico escriba para otros críticos lo que ellos

(1) Es verdad que también elogia desmedidamente las malas tragedias de Argensola; mas tal vez este juicio es hijo de la amistad que Cervantes profesaba á aquel escritor, y no un yerro de su discernimiento. Esto podrá servir de disculpa asimismo para los artículos poco acertados de su escrutinio: señaladamente la comparación entre las dos Dianas, y las alabanzas con que habla de las *Lágrimas de Angélica*, poema á todas luces impertinente.

acaso se pensarán sin él? Por esto las declamaciones de Luis Vives, Alejo Vanegas y otros contra los libros caballescicos eran supérfluas, cuando el vulgo embebido en ellos ni las leía ni podía entender. Es preciso pues para desarraigar un vicio general, que tambien lo sea el remedio.

Y aun se necesitaba mas entónces. Puesto que las gentes se complacian tanto en la lectura que se intentaba destruir, el fin no se alcanzaba si no se sustituia otra que fuese igualmente grata, y si no se suplía la pérdida de tantos libros con uno que venciese á los demas en novedad y en placer: que rico con todos los adornos de la imaginacion se apoyase en los principios del gusto y de la verdad, y en donde la invencion y la filosofia acordese suspendiesen y agradasen á toda clase de personas en todos los estados de la vida (1).

Tal fue el don Quijote, que la posteridad contempla atónita sin atreverse á decidir cual sea mas admirable, si la fuerza de la fantasia que le inventó, el gusto con que se ejecutó, ó la diction con que se expresó. Cuando en la conversacion llega á mentarse este libro, todos á porfia se extienden en su elogio, y el raudal de las alabanzas jamas se disminuye, como si saliera de una fuente inagotable. El uno ensalza la novedad y felicidad del pensamiento, el otro la verdad y belleza de los caracteres y costumbres, este la variedad de los episodios, aquel la abundancia y delicadeza de las alusiones y de los chistes: quien admira mas el infinito artificio y gracia de los diálogos, quien la inestimable hermosura del estilo y pureza de su lenguaje.

Todas estas dotes, que esparcidas hubieran hecho la gloria de muchos escritores, se encontraron reunidas en un hombre solo, y derramadas con profusion en un libro: ¿y en qué tiempo? en el siglo xvi: siglo de erudicion y de disputas mas que de gusto y saber, demasiadamente ponderado, casi perdido para la razon, y en donde generalmente la literatura solo puede contar dos ó tres libros que hayan osado arrostrar la superioridad de las dos edades siguientes (2). Así, cuando se compara el Quijote con el tiempo en que se dió á luz, y á Cervantes con los hombres que le rodeaban, la obra parece un portento, y Cervantes un coloso.

No es este lugar de analizar las bellezas del Quijote, y de examinar como el escritor supo hacer de su héroe el mas ridículo y al mismo tiempo el mas discreto y virtuoso de los hombres, sin que tan diversos aspectos se dañen unos á otros; como en Sancho aplicó todas las gradaciones de la simplicidad; que de recursos se supo abrir en estas variedades imperceptibles sin ofender á la unidad de caracteres; como supo enlazar á su fábula los lances que parecian mas lejanos de ella, y hacerlos servir todos para realzar las locuras del personaje principal; de donde aprendió á variar las situaciones, á contrastar las escenas, á ser siempre original y nuevo sin dementirse ni decaer nunca, sin fastidiar jamas. Todo esto pertenece al genio, que se lo encuentra por sí solo sin estudio, sin reglas y sin modelos.

Cuando se ha comparado el Quijote con la Iliada no se advirtió que la comparacion era inaplicable entre dos obras tan diferentes; y la analogia se llevó tan léjos que se buscaron en el poeta griego pasajes, á los cuales, segun se decia, habia procurado imitar Cervantes. Seria por cierto bien extraño que la lectura de Homero hubiera producido el Quijote. Pero si con nombrar al príncipe de la poesia se quisiese decir, que para escribir este libro se necesitaba tanta fuerza de espíritu como para componer la Iliada; de acuerdo entónces sobre ello añadiríamos que esa es una re-

(1)

Yo he dado en Don Quijote pasatiempo
Al pecho melancólico y mohino
En cualquiera sazón, en todo tiempo.

(Cervantes, Viaje al Parnaso.)

(2) Entre ellos debe absolutamente contarse la *Jerusalem* de Torquato Taso, que será siempre uno de los monumentos mas admirables del ingenio humano.

APÉNDICE.

lacion que tiene Cervantes no solo con Homero sino con Sófocles, Virgilio, Taso, Corneille, Racine, y con todos los grandes escritores.

Un hombre á cuyo talento debe la poesia trágica la elevacion á que subió en el siglo pasado y que manejó casi todos los géneros de la literatura con una penetracion y una facilidad que harán época en el mundo; tratando en sus MISCELANEAS de que el espíritu humano no hace otra cosa que reproducirse, y que las obras que mas admiramos son imitaciones de otras mas antiguas, dice que el tipo de don Quijote fue el ORLANDO de Ariosto. Es preciso sin duda respetar y aun admirar á este escritor como uno de los mayores pintores que ha tenido la poesia. Pero ¿cual es la relacion que puede haber entre dos locos de mania tan diferente? ¿entre un cuadro todo quimeras y otro todo verdad? ¿entre un libro de caballerias y una sátira de semejantes libros? ¿entre la libertad que se permite el Italiano, y el artificio y sabiduria con que camina el Español?

Y aun cuando se concediese que la manera del uno es muy semejante á la del otro en varios lances de su fábula, ¿cuantos otros requisitos acompañan al Quijote que no pudieron tomarse de Ariosto ni de otro escritor ninguno? ¿Se halla por ventura en aquel poeta el tono de sensibilidad dulce y afectuosa que tantas veces se encuentra en el libro de Cervantes? ¿Pudo este aprender en él la elegancia de una diction siempre armoniosa y pura, que al nivel del objeto que pinta es natural, fluida é ingeniosa en las narraciones, humilde y sencilla con decoro en las simplicidades, expresiva en razonamientos, soberbia, rica y ambiciosa en las descripciones? ¿Quién en fin le enseñó el arte encantador y difícil de los diálogos, en que Cervantes no reconoce rival alguno sino al ilustre Richardson?

No: el Quijote no tuvo modelo, y carece hasta ahora de imitadores (1): es una obra que presenta todos los caracteres de la originalidad y del genio; es un poema divino á cuya ejecucion presidieron las Gracias y las Musas. Su publicacion fue un rayo que deshizo en un momento las ilusiones de la caballeria y el tropel de libros que atacó, tan universalmente derramados y tan vergonzosamente acogidos, desapareció de tal modo que ya solo en el Quijote dura la memoria de que fueron. ¡Triunfo admirable y singular, digno del mérito de la obra, y gloria en que autor ninguno puede competir con Cervantes!

La vida de las sátiras es muy corta: si son vagas no interesan, y si determinadas caen luego que mueren las circunstancias por que se escribieron. Estaba reservado para Cervantes el privilegio de que sepultadas ya la caballeria y costumbres ridiculizadas por él, su Quijote viviese y se ilustrase mas cada dia. Pero ¿quién ha tenido el don de interesar en tan alto grado como él? Por esto le llamaba inimitable el autor de la HELOISA, y le prefería á todos los escritores de imaginacion: por esto todas las naciones cultas han traducido su libro: por esto las prensas no se cansan de imprimirle ni los ojos de leerle. Los nombres de don Quijote y Sancho son oidos en los ángulos mas remotos de la tierra; y estos dos personajes humildes, nacidos en la fantasia de Cervantes, vencen en celebridad á los héroes mas ilustres de la fábula y de la historia.

Hay hombres sin embargo que no gustan de este libro, cuya lectura tachan de insípida y de frívola. Mostrarles á estos las bellezas del Quijote seria tiempo perdido. ¡Insípida su lectura, cuando sus gracias inimitables, y el placer que derrama la han hecho universal! ¡Frívolo un libro que corrigió á su siglo, y que sin él, tal vez los que tan desdeñosamente le juzgan perderian el tiempo todavia leyendo á Amadis de Gaula! Que señalen pues uno donde el agrado, efecto inseparable y eterno de las buenas obras de invencion, sea tan completo y suba á un grado tan alto. Mas deje-

(1) Cándido, Scriblero, Jerundio y otros libros escritos á la manera del Quijote prueban mas que nada la primacia de Cervantes. Son copias muy endebles de un original admirable.

mos á estos hombres y su extravagante censura : sus labios jamas se abrieron á la risa, ni su corazon á las gracias.

El señor Bermudez de Castro, en una composicion titulada : *LOS DOS ARTISTAS*, se expresa así hablando de esta obra de Cervantes : «Especie de tela matizada como un tapiz del brillante bordado de historias frescas, raras, aéreas, fragantes como las flores de un jardin. Mil extravagancias mil locuras con todos sus atributos de gracias y chistes mezclados, y que se pierde en mil arabescos fantásticos con las mas filosóficas y profundas sentencias del juicio y la razon sana, y con los amores imaginarios y ridiculos, y con visiones de alucinaciones vaporosas; y alternando con ellos la candidez y la ternura, con sus episodios de amores inocentes ó tiernos, desgraciados ó felices, con lágrimas y suspiros dulces, ó con la sonrisa del placer y el rubor del pudor, anacreónticas ó elegias. La vida entera con sus fantasmas y visiones, con su risa y su llanto, con su placer y sus penas... con mil caracteres que cambian como los dias. Tela florida que desenrolla una existencia fantástica, pero verde. Cuadro nuevo, sublime y nunca imaginado. Una profusion de chistes y extravagancias, capaces de hacer reir á un sepulcro (1).»

Cuando se publicó en 1605 la primera parte del Quijote no pudo ser entendida de improviso la sátira finisima que en ella reinaba, y tuvo el autor que hacer una critica aparente de su obra para que fuese buscada y comprendida. A favor del *Buscapie* (2) se extendió don Quijote, y en poco tiempo se hizo universal su lectura. Esta celebridad hizo levantarse á la envidia, que sacudió su veneno sobre los poetas confundidos con la superioridad de Cervantes. El, desgraciado y oscuro, manteniéndose acaso de la compasion ajena, no tenia otra riqueza ni otro bien que la gloria de su libro : los poetas alterados se conjuraron á arrebatársela. Y en una composicion bárbara el impertinente Villegas se atrevió á zaherirle de mal poeta, y á llamarle *Quijotista*, con pretexto de defender al versificador Arjensola, á quien Cervantes no habia hecho mas agravio que el de estimarle en demasia (3). Otro poeta aun mas oscuro que Villegas, afectando la defensa de Lope, tuvo osadia para remedar á Cervantes, y hacer la continuacion de una obra, cuyo mérito estaba muy léjos de comprender.

(1) Byron dice que ante el placer de leer el Quijote en el original desaparecen todos los demas placeres.
Whether they rode, or walk'd or studied spanish,
To read don Quijote in the original

A pleasure before wich all others vanish. — M. DEL ROMERO.

(2) Esta obrita, que se imprimió anónima, y es sumamente rara, dice Pellicer en su vida de Cervantes, hizo una aparente y graciosa critica de *El Quixote*, insinuando que era una sátira fina y paliada de varias personas muy conocidas y principales; pero sin descubrir ni manifestar, aun por los mas leves indicios, ninguna de ellas. Critica fue esta discretísimamente manejada, con la cual dió tanto crédito y reputacion al Quijote, y picó la curiosidad del público de modo, que todos le buscaban y leían á porfia, creyendo descubrir claramente en su lectura los objetos de la sátira que insinuaba el *Buscapie*. Don Vicente de los Rios supone que viendo Cervantes que su obra era leída por los que no la entendian, y no de los que podian entenderla, publicó una obrecilla con el titulo de *Buscapie*.

Sin embargo, la existencia de esta habia llegado á ser problemática en la opinion de los eruditos, porque ninguno decia haber visto ni una copia aunque llegó á imprimirse en esta corte en un tomito en 12.º del grueso de unos seis pliegos, segun se menciona en las notas á la vida de Cervantes del ya citado Pellicer, que copia una carta de don Antonio Ruidiaz, quien afirma haberla visto en casa de un conde de Saceda. Apenas ha habido comentador de *El Quixote* que no haya hablado del *Buscapie*, creyendo unos que en efecto se ha escrito, apoyados en la tradicion que ha llegado hasta nuestros dias, y negándolo otros con razones de mas ó menos fuerza. Pero cuando nadie esperaba el hallazgo del tal documento, un señor gaditano, don Alfonso de Castro, anuncia al público que ha encontrado en Cadiz el *Buscapie*, y que va á publicarlo con prólogo y notas. Como no lo haya verificado en el momento que trazamos estas líneas, no podemos dar aqui una ligera idea de él, ni indicar cual sea la opinion que se forme sobre su autenticidad despues de haberlo leído. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(3)

Irás del Helicon á la conquista
Mejor que el mal poeta de Cervantes,
Donde no le valdrá ser Quijotista.

Estos versos ridiculos, que suponen la mas perfecta ignorancia, son bien conocidos. Algunos los disculpan con decir que Villegas era entonces muy mozo, como si la juventud fuera excusa bastante de un desatino. ¿Y como se disculparan los vicios de una composicion que empieza por elegia y acaba por sátira; que trata de poetica y se dirige á un mozo de mulas?

¡Ignorante! ¡atreverse á escribir un Quijote, y á decir que lo hacia para mejorarle, y porque su primer autor no tenia talento para proseguirle! ¿No sabia él que la crítica mas árdua es la del ejemplo, y que su desempeño está solo al alcance de un hombre superior?

Tachaba de humilde el estilo de Cervantes, y el infame se burlaba de él porque era viejo, manco y pobre: como si Lope, Villegas, los Arjensolas, y todos los poetas de entonces juntos pudiesen contrapesar el mérito literario de un solo capítulo del Quijote; y como si la pobreza y manquedad de Cervantes, cubriendo de oprobio á su siglo, no dieran lustre á la veneracion que se le debe! Pero estos insultos, que no merecen la atencion de la posteridad, solo se conservan por el hombre ilustre contra quien se asestaron. Ellos prueban por otra parte la verdad del dicho de Pope, «que un mal escritor es comúnmente hombre malo.»

¡Qué dignidad al contrario y qué decoro en la defensa de Cervantes! Para confundir y reducir á polvo á su adversario no tuvo mas que presentarse y publicar la SEGUNDA PARTE DEL QUIJOTE, superior todavia en correccion y en gusto á la primera. Contentóse con burlarse en algunas partes de ella de la poca gracia de su antagonista, y con advertirle festivamente que el hacer un libro costaba mas trabajo de lo que se pensaba. Si todos los autores se defendieran del modo que Cervantes, las guerras literarias serian menos escandalosas, y la caterva de detractores insolentes no se atreveria á ladrar tanto (1).

En el tiempo que medió entre la publicacion de las dos partes del Quijote dió á luz Cervantes (agosto de 1613) SUS NOVELAS EJEMPLARES, y SU VIAJE AL PARNASO. Aquellas fueron muy bien recibidas del público, ansioso entonces de libros de entretenimiento; pero ahora solo se estiman ya tres ó cuatro, entre quienes llevan justamente la preferencia la de RINCONETE, y el DIÁLOGO DE LOS PERROS. En ellas respira el autor de don Quijote; en las otras se le busca y no se le encuentra. Su diction ciertamente es elegante y pura, y la invencion de algunas bastante feliz: pero el alma de semejantes composiciones son los caracteres, las costumbres, los afectos: y precisamente Cervantes manejó endeblesmente todas estas cosas en las mas de sus novelas.

El Viaje al Parnaso es composicion muy diferente. El autor quiso en ella hacerse justicia, ya que su siglo no se la hacia; y suponiendo al Parnaso asaltado de los malos poetas, fingió que Mercurio venia á España á solicitar el socorro de los buenos, y que le tomaba á él mismo por guia para elegirlos. Cervantes, como es de presumir, marcha con ellos y se halla en la espedicion. Bien se deja ver cuanto prestaba para la sátira y el elogio esta invencion ingeniosa, que ya se ha hecho demasiado común. Pero la obra escrita por su mal en verso se resiente en todas partes de la inca-

(1) «Una aventura asaz novelesca y harto trágica, dice el señor Eugenio de Ochoa en su edicion de El Quijote, llevó por entonces de nuevo á Cervantes á una cárcel, pero por pocos dias. Ocurrió que en la noche del 27 de junio (1603) á la orilla del Esgueva (Valladolid) y junto á su puente de madera, se dieron de cuchillados dos hombres, uno de los cuales, malamente herido, fué á refugiarse en una casa inmediata. Vivía Cervantes en uno de sus dos cuartos principales, y en el otro deña Luisa de Montoya, viuda del célebre cronista Esteban de Garibay, con sus hijos; uno de estos, ayudado de Cervantes, introdujo en casa de su madre al infeliz herido, que espiró en la mañana del 29. Era este un caballero Navarro, del orden de Santiago, llamado don Gaspar de Ezpeleta. Averiguóse judicialmente el caso, y resultó de varios indicios que las heridas y muerte de don Gaspar, cuyo matador no pudo descubrirse, habian provenido por competencia de obsequios y galanteos dirigidos bien á la hija, bien á la sobrina de Cervantes, pues es de advertir que por las declaraciones de testigos que se hicieron en aquella ocasion, consta que tenia entonces en su compañía á su mujer doña Catalina, á su hija natural doña Isabel, soltera, de mas de 10 años, á doña Andrea, su hermana, viuda, á una hija de esta, soltera, de 28 años, llamada doña Constanza de Ovando, y á doña Magdalena de Sotomayor, que tambien se llama su hermana, y era beata, de mas de 40 años de edad. De las declaraciones de estas resulta tambien con evidencia que entonces se ocupaba Cervantes en agencias particulares como un arbitrio para sostener á su numerosa familia. Mientras se declaraba de todo punto el caso, y conforme á la antigua y fielmente conservada práctica de la justicia, Cervantes y toda su familia fueron presos, si bien, poco despues de recibidas las declaraciones, salieron de prision bajo fianza. En 9 de julio entregó Cervantes los vestidos de don Gaspar, que se habian depositado en su poder.»

pacidad de Cervantes para versificar. Así la *ADJUNTA AL PARNASO*, diálogo en prosa que añadió al viaje, se lee con mas gusto que todo él.

Mas hay en este libro un episodio curioso, porque descubre la situacion desgraciada de nuestro escritor. Llegados los poetas al Parnaso, Apolo los recibe en un jardin, y señala á cada uno el sitio que le corresponde. Los asientos se ocupan, y no queda ninguno á Cervantes. En vano para lograrle refiere todas sus obras, manifiesta todos sus méritos, y se apoya en la primacia de su talento para inventar. Apolo le aconseja que doble su capa y se sienta sobre ella: mas tan miserable estaba que no la tenia, y tuvo que quedarse en pie á pesar de todos sus merecimientos. ¡Qué ingeniosas son estas quejas de Cervantes, y cuan oprobiosas para su siglo! ¡El desairado é indigente entre los demas poetas que gozaban de crédito y de riquezas! ¡oposicion es que verdaderamente escandaliza!

Los protectores de Cervantes fueron pocos y tibios en favorecerle. Ignórase que recibiese nada del personaje á quien dedicó la *Galatea*. El duque de Bejar, cuya proteccion buscó para la primera parte del *Quijote*, despues de admitir dificultosamente este obsequio alzó la mano en los favores que le dispensaba, instigado de un fraile cuya autoridad era grande en su casa. Dicen que Cervantes retrató al vivo el carácter de este imbécil en el eclesiástico con quien altercó don *Quijote*: el fraile pues y Cervantes eran incompatibles. Venció el primero; y el duque olvidando al escritor se llenó de ignominia á los ojos de la posteridad irritada de su preferencia.

Los que mas favorecieron á Cervantes fueron el conde de Lemos y el arzobispo Sandoval, que miraron por su subsistencia y le señalaron pension para vivir. ¡Con que efusion de corazon eternizó él estos favores! pero llegaron cuando era viejo; y por otra parte no le sacaron de pobre. El conde, de cuya pasion decidida á las letras podia esperarse mas, estaba ausente; y tal vez participando de la injusticia del siglo, apreció mas los versos de Arjensola que las invenciones de Cervantes.

Quejábase este á veces de su triste condicion y del misero abandono en que vivia: ¿por qué no murmuró mas bien de la naturaleza, que le concedió el don divino del genio, que le dotó de un carácter integro, amigo de la verdad, de la sencillez y la virtud? No: con estas prendas jamas hombre ninguno se hizo cabida en lo que comunmente se llama el gran mundo. Hubiera él á fuerza de bajezas, de adulaciones y de disimulo obligado á sus contemporáneos á que le perdonasen su superioridad que sobre ellos tenia; hubiera pedido sin vergüenza como sin tasa; hubiérase envilecido delante del poder, llevado alegremente sus impertinencias, sus desaires, su cortés grosería; y entonces.... entonces lo hubiera sido todo ménos Cervantes.

Tenia al fin de su vida acabadas ya ó cerca de concluirse las *SEMANAS DEL JARDIN*, el *BERNARDO*, la segunda parte de la *GALATEA*, y los *TRABAJOS DE PÉRSILES*. De todas estas obras la que únicamente vió la luz pública fue la última (1), donde Cervantes apuró todo el caudal de su imaginacion en aventuras extraordinarias. Habíase propuesto por modelo la novela del griego *Heliodoro*, y estaba tan contento de su trabajo que dijo abiertamente al conde de Lemos que aquel libro seria el mejor de los de entretenimiento. Extraña preferencia, y mucho mas extraña haciéndose al frente de la continuacion del *Quijote*, su produccion mas acabada. Pero los escritores como los padres suelen tener mas ternura por sus últimos hijos, sin mas motivo que ser los últimos. Falta al *Pérsiles* la primera prenda de la imitacion, que es la verosimilitud: sin ella no son mas que delirios las obras de invencion. Fáltale la unidad, rota con tantos episodios importunos y desiguales; y sin la unidad no hay interes. Fáltale últimamente un fin moral, que es lo que da importancia á semejantes libros.

(1) Publicóla despues de la muerte de Cervantes su viuda doña Catalina, en Madrid, en 1617.

Así el Pársiles ha quedado en la clase de los de entretenimiento puro para las gentes ociosas; y pocos hombres de gusto le leen dos veces. Sin embargo ¡qué verdad en algunas pinturas! ¡qué novedad é interés en el lance de Ruperta! ¡qué belleza de estilo, y que gallardía en la narración!

El libro de Pársiles y Sigismunda estaba concluido en la primavera de 1616, faltándole únicamente el prólogo y la dedicatoria, que Cervantes no había podido componer porque la gravedad de sus males se lo habían impedido. Mas como en su dilatada dolencia, aunque desahuciado ya de los médicos, tuviese algunos ratos de alivio, creyó que lo conseguiría completo con la mudanza de aires, y resolvió el sábado santo 2 de abril, pasar al pueblo de Esquivias en donde vivían los parientes de su esposa. No consiguiendo mejora ninguna, y conociendo al contrario que se le acababa la vida, regresó á Madrid acompañado de dos amigos para que le asistiesen en el camino, en el cual tuvo un encuentro que le dió materia para su prólogo, y por el cual tenemos alguna noticia de la enfermedad que le aquejaba; dice así:

« Sucedió pues, lector amantísimo que viniendo otros dos amigos y yo del famoso lugar de Esquivias, por mil causas famoso, una por sus ilustres linajes y otra por sus ilustrísimos vinos, sentí que á mis espaldas venia picando con gran priesa uno que al parecer traía deseo de alcanzarnos, y aun lo mostró dándonos voces, que no picásemos tanto. Esperámosle, y llegó sobre una borrica un estudiante pardal, porque todo venia vestido de pardo, antiparras, zapato redondo y espada con contera, valona bruñida y con trenzas iguales: verdad es, no traía mas de dos, porque se le venia á un lado la valona por momentos, y él traía sumo trabajo y cuenta de enderezarla: llegando á nosotros dijo: ¿Vuestas mercedes van á alcanzar algun oficio ó prebenda á la corte, pues allá está su ilustrísima de Toledo y su magestad ni mas ni ménos, segun la priesa con que caminan, que en verdad que á mi burra se le ha cantado el victor de caminante mas de una vez? A lo que respondió uno de mis compañeros: El rocin del señor Miguel de Cervantes tiene la culpa desto, porque es algo qué pasilargo. Apenas hubo oido el estudiante el nombre de Cervantes, cuando apeándose de su cabalgadura, cayéndosele aquí el cogin y allí el portamanteo, que con toda esta autoridad caminaba, arremetió á mí, y acudiendo á asirme de la mano izquierda, dijo: Si, si, este es el manco sano, el famoso todo, *el escritor alegre*, y finalmente *el regocijo de las Musas*. Yo que en tan poco espacio vi el grande encomio de mis alabanzas, parecióme ser descortesía no corresponder á ellas, y así abrazándole por el cuello, donde le eché á perder de todo punto la valona, le dije: Ese es un error donde han caído muchos aficionados ignorantes; yo, señor, soy Cervantes, pero no el regocijo de las Musas, ni ninguna de las demas baratijas que ha dicho vuesa merced: vuelva á cobrar su burra y suba, y caminemos en buena conversacion lo poco que nos falta del camino, hizolo así el comedido estudiante, tuvimos algun tanto las riendas, y con paso asentado seguimos nuestro camino, en el cual se trató de mi enfermedad, y el buen estudiante me desahució al momento diciendo: Esta enfermedad es de hidropesia, que no la sanará toda el agua del mar Océano que dulcemente se bebiese; vuesa merced, señor Cervantes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará sin otra medicina alguna. Eso me han dicho muchos, respondí yo, pero así puedo dejar de beber á todo mi beneplácito, como si para solo eso hubiera nacido; mi vida se va acabando, y al paso de las efeméridas de mis pulsos, que á mas tardar acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado vuesa merced á conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido á la voluntad que vuesa merced me ha mostrado. Con esto llegamos á la puerta de Toledo, y yo entré por ella, y él se apartó á entrar por la de Segovia. Lo que se dirá de mi suceso, tendrá la fama cuidado, mis amigos gana de decillo, y yo mayor gana de escuchallo. Tornéle á abrazar, volviöseme á ofrecer: picó á su burra, y dejóme tan mal dis-

»puesto como él iba caballero en su burra, quien habia dado gran ocasion á mi pluma para escribir donaires, pero no son todos los tiempos unos; tiempo vendrá, quizá, donde anudando este roto hilo, diga lo que aquí me falta, y lo que sé convenia. A Dios, gracias: á Dios, donaires: á Dios, regocijados amigos, que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida.»

La enfermedad se fue agravando por momentos y el lunes 18 de abril administraron á Cervantes la extrema-uncion. Entónces esperando á la muerte en la orilla del sepulcro, cuando los demas hombres entregados á una horrorosa incertidumbre, á terrores supersticiosos ó á una filosófica indiferencia lo olvidan todo, ó lo aborrecen todo, Cervantes tenia viva en su memoria la gratitud que debia á su bienhechor el conde de Lemos, y con mano mal segura escribió aquella singular y elocuente carta, obsequio el mas noble y puro que la beneficencia de un grande ha recibido nunca de las letras; carta que, como dice don Vicente de los Rios, es digna de que la tengan presente todos los grandes y todos los sabios del mundo, para aprender, los unos á ser magníficos, y los otros á ser agradecidos. La carta es la siguiente.

«A don Pedro Fernandez de Castro, Conde de Lémos, etc. — Aquellas coplas antiguas que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan: Puesto ya el pié en el estribo: quisiera yo no vinieran tan á pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar, diciendo:

Puesto ya el pie en el estribo,
Con las ansias de la muerte,
Gran señor, esta te escribo.

Ayer me dieron la extrema-uncion, y hoy escribo esta: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo eso llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies á V. E., que podría ser fuese tanto el contento de ver á V. E. bueno en España, que me volviese á dar la vida: pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo ménos sepa V. E. este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aun mas allá de la muerte, mostrando su intencion. Con todo esto, como en profecia me alegro de la llegada de V. E., regocijome de verle señalar con el dedo, y realégrome de que salieron verdaderas mis esperanzas dilatadas en la fama de las bondades de V. E. Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las *Semanas del Jardín* y del famoso *Bernardo*; si á dicha, por buena ventura mia, que ya no seria sino milagro, me diese el cielo vida, las verá y con ellas el fin de la Galatea, de quien se está aficionado V. E., y con estas obras continuando mi deseo. Guarde Dios á V. E. como puede. De Madrid á diez y nueve de abril de mil y seiscientos y diez y seis años.»

Cervantes murió el sábado 23 del dicho mes de abril y año de 1616 á los sesenta y nueve de edad, el mismo dia que la Inglaterra perdió á su inmortal poeta Shakspeare. Sus exequias fueron pobres y oscuras como lo habia sido su vida. Dispuso que se le diese sepultura en la iglesia de las monjas trinitarias; sus huesos se confundieron con los demas cadáveres que en ella se enterraban, y los amantes de las letras españolas, por una negligencia sobrado culpable de sus contemporáneos, no pueden decir *Aquí yacen los restos del autor del Quijote*. En cambio ¡qué de lápidas elegantes y pomposos epitafios no vemos con frecuencia sobre magníficos sepulcros, erigidos á la vanidad y á la ignorancia, y muchas veces á hombres que fueron verdaderos verdugos de su patria!! Pero nada tiene esto de extraño; la sociedad acostumbra premiar ampliamente á los entes mas nulos é idiotas, con las recompensas debidas al valor, á la virtud y al talento, mientras tolera que el filósofo, el hombre pensador viva pobre, desgraciado y miserable con toda su virtud en el seno de la nacion

misma á quien ilustra con su saber; esto aconteció á Cervantes que como patriota honrado derramó ademas su sangre en los combates, para arrastrar despues una existencia miserable entre el desprecio y la persecucion de sus compatriotas.

Estaba, sin embargo, reservado á un hombre protector de las artes y amante de las cosas españolas, al difunto comisario general de Cruzada don Manuel Fernandez Varela, el pagar en estos últimos años un tributo á la memoria de Cervantes con la ereccion de una magnífica estatua de bronce; la cual se colocó en la plaza de las Córtes en frente del palacio del congreso. El ayuntamiento de Madrid varió el nombre de la calle llamada antes de Francos y la dió el de Cervantes; y encima de la puerta de la casa número 2 de dicha calle, en que vivia el ilustre escritor (1), se ha colocado un medallon con su retrato, para que al ménos sepa la posteridad el sitio donde murió.

Cervantes hizo su mismo retrato en el prólogo de sus *Novelas*, diciendo: «Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no há veinte años fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy lijero de piés; este digo que es el rostro del autor de la *Galatea* y de *don Quijote de la Mancha*, y del que hizo el *Viaje del Parnaso* á imitacion del de César caporal, perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño: llámase comunmente Miguel de Cervantes Saavedra.»

(1) Cervantes vivió en la calle de Leon, esquina á la de Francos, núm. 20, manzana 228, y la calle de Francos ha tomado ya el nombre de Cervantes por tener en ella la entrada de la casa. Cuando en 1633 se trasladaron las monjas trinitarias desde la calle del Humilladero al convento de la calle de Cantarranas (hoy Lope de Vega), trasladaron también á él los huesos de las que habían fallecido desde la fundacion y de cuantos se habían enterado en la iglesia de su residencia primitiva, y es creíble que los restos de Cervantes tuviesen el mismo destino.
-- MARTINEZ DEL ROBERO.



POESIAS.

SONETO.

Tomó el Genio en sus manos la balanza
Con que las obras del talento humano
Se complace en pesar, y quiso ufano
Ver cual con cual á equilibrarse alcanza.
Treinta siglos así con la esperanza
De coronar su afan estuvo en vano,
Y puesto HOMERO á la derecha mano
Nadie en la opuesta consiguió igualanza.
Cansado el Genio de tan larga prueba,
Iba el peso á dejar, cuando CERVANTES
Su DON QUIJOTE á la balanza trajo.
Obra inmortal la antigua, á la obra nueva
Cedió, y luego vencióla, y oscilantes
Siguen, ni arriba bien, ni bien abajo.

Quando cese el trabajo
De subir y bajar que todavía
Hace que el doble disco incierto flote,
El remate os diré de tal porfía,
Y si es CERVANTES quien á HOMERO arría,
O es el ILION quien vence á DON QUIJOTE.

Miguel Agustín Príncipe.

AL PRÍNCIPE DE NUESTROS INGENIOS

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Modere el sol su orgullo: las estrellas
que el firmamento alumbran,
y con sus luces bellas
la noche rompen y al mortal deslumbran,
tiembren su luz perder: al Océano
el poder de sus ondas no le engría:
el monte que las nubes rompe ufano
su cumbre verá hollar que altivo erguía:

solo hay un Dios que los espacios rije,
y el sol y el mundo á su placer dirije.

Flor que alumbró la Aurora
prestándole sus tintas y fresca,
la tarde decolora,
y alumbró el nuevo sol su sepultura.
Circos, templos, palacios, mausoleos,
pueblos, ciudades que fundára el hombre,
pone el tiempo en sus aras por trofeos,
legando oscuro á la memoria un nombre;
Fenij empero el genio se presenta
y ante los siglos su poder ostenta.

Don de los cielos es; de primavera
lluvia que el fruto al labrador regala,
hiedra que abraza al olmo placentera,
faro que el puerto al corazón señala.
Si sembrado de abrojos su camino
fatigas causa, y el aliento corta;
de la gloria el ambiente peregrino
los miembros refrijera y los conforta:
¿quién, la inmortalidad ante sus ojos,
ve precipicios, ni recela abrojos?

Riesgos, dudas, quebrantos, privaciones,
la vida de los héroes señalaron;
Pero nunca sus bravos corazones
por costosos sus males esquivaron.
Flor sin espinas el verjel no ofrece,
quiso Dios, del genio al poderío,
al noble aliento que sus almas mece,
dió por espinas el olvido impio;
que al maldecir el árbol de la ciencia
cúpole al genio tan fatal sentencia.

Y su sentencia se cumplió; sin cuento,
laureles, gloria el genio recojía;
mas sus triunfos compraba su tormento,
su herencia era el martirio y la agonía.
¡Sobrehumano poder! Treinta tiranos
de Sócrates la voz en vano apagan;
ve Bruto los verdugos inhumanos
que de sus hijos la garganta amagan;
y un Guzman su cuchilla arroja al Moro,
á su deber sacrificando el lloro.

Héroe cual ellos tu, cual ellos fuerte,
el desden de tu patria toleraste;
con su olvido luchando, que es la muerte,
su nombre sublimaste;
triste en su seno y sin hogar vivías,
y el suelo ingrato de tu España amabas;
de laurel inmortal su sien ceñías,
sangre y genio por ella prodigabas,
y ablandabas su pan con triste llanto,
cisne inmortal, del Universo encanto.

Por eso eres mas grande : mas pequeña
 por eso se hunde la menguada raza
 de tu patria infeliz, triunfos desdeña
 si liviano un peligro le amenaza.
 Oro y poder en su bandera escriben
 sus hijos degradados ;
 mengua y baldon reciben ;
 y en el oro y el vicio encenagados
 despreciáran tu nombre y tu grandeza ,
 si hubieran de pasar por tu pobreza.

No empero todos son , tu sacrificio
 aun hay pecho español que le comprenda ,
 aun quien á tu costoso beneficio
 culto de admiracion dé por ofrenda.
 Iguales al nacer los hombres todos
 los timbres de su gloria
 los hechos son que por diversos modos
 sus nombres eternizan en la historia :
 si nuestros nombres ilustrar queremos ,
 llanto en tributo á la virtud paguemos.

Mas si palpita el corazon medroso ,
 si el pie vacila al acercarse al ara ,
 si á su aliento sublime y generoso
 nuestro aliento ni escede, ni equipara :
 himno de admiracion , canto sincero
 nuestro tributo sea ,
 y el ansia de acertar con su sendero
 el Universo vea.
 Quien ama la virtud huella el camino
 que á la inmortalidad trazó el destino.

Hijo del sol de mi adorada España,
 cisne inmortal que su poder pregonas ,
 héroe sin sangre , vencedor sin saña ,
 acepta las coronas
 que el Orbe entero á tu memoria ofrece ;
 acepta aunque tardío ,
 fresco el laurel que en tu nacion florece ;
 acepta el canto mio ,
 y si escuchas sus ecos apagados ,
 serán mis pobres cantos envidiados.

Rafael Galvez y Amandi.

A LA MEMORIA

DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Fué soldado y poeta , el caballero ;
 de noble sangre y corazon altivo :
 extraño al vicio , á la lisonja esquivo ,
 en su patria vivió como extranjero !

Entre los grandes Genios fue el primero:
su gloria aclama lo que de él escribo;
que ya en Arjel, del español cautivo
llenó el renombre el Universo entero.

Un libro fue el cimiento de su fama,
y eterna es ya su peregrina historia,
grabada en bronce, en mármol esculpida;

Cervantes era, el que inmortal se llama;
mayor que su infortunio, es hoy su gloria;
injusto aquel, como esta merecida!

Gregorio Romero Lirrañaga.

A LA ESTATUA

DE

CERVANTES.

Esa es su sombra... el alma avergonzada,
Para mas no volver, huyóse al cielo:
Solitaria, sombría, abandonada,
Esa fantasma se encontró en el suelo.

Si es pedestal ó túmulo se ignora; (1)
Mas sin duda temieron que indignado
De la piedra en que está salte á deshora,
Segun se ve de hierros circundado.

No bajará, que es noble y caballero,
Y lidió por su patria el buen poeta;
Acaso no encontrára un compañero
Al pie del pedestal que le sujeta.

Tal vez no hallara un digno castellano
Libre y valiente á quien llamar amigo,
A quien tender la cercenada mano,
A quien llevar en pos al enemigo.

Por eso eleva la tostada frente
Al firmamento azul noble y tranquila,
Y no mira por eso trasparente
Apagada á la luz la ancha pupila.

CERVANTES le llamaron otros dias,
Yerta figura con ajeno nombre,
Como su orijinal arrastra impías
Horas de duelo en la mansion del hombre.

Ayer cruzaba libre é ignorado
La turba ociosa y soldadesca inquieta
Dentro de su armadura de soldado,
O envuelto en sus harapos de poeta.

(1) Este verso se refiere al poco mérito del pedestal sobre que está la estatua semi-colosal de Cervantes obra magnífica fundida en bronce en Roma, por los artífices prusianos Luis Jollaje y Guillermo Hopfgarten, y debida al cincel del esclarecido escultor Antonio Solá, natural de Barcelona. Dicho pedestal está rodeado de una verja de hierro. — M. DEL ROMERO.

Hoy en la inmoble colosal figura
Derramada la lluvia se destrenza,
Y está sombrío en pié sobre la altura,
Como sacan un reo á la vergüenza.

El pueblo ve á sus pies; negro milano
Que á la boca asomó de un hormiguero
Y quiere el ojo comprender en vano
Cómo allí se cobija un pueblo entero

Y siente la carroza del magnate
Rodar, y se estremece á su carrera,
Y soldados que marchan al combate
Que equipados de farsa los creyera.

Y abajo entre los árboles perdidos,
Como sueños pasar contempla inquietas
Las sombras de políticos caidos,
Las parodias de sábios y poetas.

Y una lágrima acaso en su mejilla
Alumbra el sol bajando al occidente,
Al contemplar su revocada villa
Sin porvenir, alegre ó indolente.

Hubo un CERVANTES cuando aquel vivía,
Cuando en vez de esos hierros era un hombre
Llamáronle poeta, y poseía
Una espada y un libro con su nombre.

Su espíritu brotó con la tormenta
Y le escondió en su seno el torbellino,
El sepulcro su mano abrió violenta,
Y hoy resuena su cántico divino.

¿Por qué no le dejaron con su sueño
En el sepulcro donde en paz dormía?
¿A qué traerle con tenaz empeño
A sufrir otra vez la luz del día?

¿A qué su sombra de la tumba alzaron
Estúpidos los hombres ó altaneros?
Para ahuyentar los siglos que pasaron,
Y escarnecer los siglos venideros.

Hombre de hierro que velas
El sueño del mundo impío,
Que ves con gesto sombrío
Crímenes que no revelas:

Cuya negra frente calva
Sufre en paz el sol que arde,
La roja luz de la tarde,
La amarilla luz del alba:

¿Qué piensas del mundo dí?
Tú que le dejaste ya,
Cuya voz no se alzaré,
Cuya sombra quedó aquí.

¿Qué piensas de ese magnate
Que ha perdido el sol de un día
Embriagado en una orjía
Mientras su nacion combate?

¿Qué piensas tú de esos reyes?
Que arrastra un frenado bruto
Entre virgenes de luto.
Huérfanas hoy por sus leyes?

¿Qué piensas, genio inmortal,
De ese pueblo soberano
Que abre paso á su tirano
Sin levantar un puñal?

Dime, coloso de hierro
A quien condena la suerte
A sufrir desde la muerte
En tu patria tu destierro,

¿No es cierto que allá en su afán
Espera tu desconsuelo
Que te arrastre por el suelo
Un revoltoso huracán?

II.

Tu nombre tiene el pedestal escrito,
En extranjero idioma por fortuna;
Tal vez será tu nombre un *Sambenito*
Que vierta infamia en tu española cuna.—

¡Hora te traje á luz desventurada!
¿Español eres?... lo tendrán á mengua,
Cuando á tu espalda yace arrinconada
Tu cifra en signos de tu propia lengua.—

¡Serás acaso un busto aparecido
Entre las ruinas de la antigua Roma,
Recuerdo que los tiempos han roído,
Que algún rico libró de la carcoma!

Maldita es tu misión sobre la tierra;
Los que mueren sus males acabaron,
Todos sus restos su sepulcro encierra...
Los tuyos del sepulcro los robaron.—

Hélo allí que se levanta
Como fantasma furioso.
Que magulla con su planta
Los que á su morada santa
Van á turbar su reposo.—

Porque su nombre y su gloria
Solo al tiempo las vendió,
Para dejar su memoria
Grabada en oro en la historia,
Que escrita en el fango, no.—

Que por eso en su amargura
Abortó un libro coloso,
Que á su renombre asegura
En las edades reposo.

Cuando los siglos le lean
Hará que los siglos vean
En su cubierta roída,
En caracteres gigantes
Dos genios con una vida,
Un *Quijote* y un *Cervantes*.—

Y si entre la espesa bruma
 De esta edad que bulle inquieta,
 De hediondo mar alba espuma,
 El genio de otro poeta
 Despliega su blanca pluma;
 Si algun bardo colosal,
 Levanta entre la tormenta
 Su cántico celestial
 De una centuria sangrienta
 Salmodiando el funeral;
 Cuando el tiempo, hombre sombrío,
 El orbe rompa á pedazos,
 Que sostenido en tus brazos
 Huya su cuchillo impío:
 Y en el día de furor,
 Cuando el eco atronador
 De la funeral trompeta
 Se junte el mundo en un valle,
 Mándale al mundo que calle
 Y dile que era un POETA.

José Zorrilla.

EN DESAGRABIO

DEL CELEBRE SANCHO PANZA.

SONETO.

A Sancho he de ensalzar ¡fuera, que mancho!
 Pues como algunos creen, no es un pipiolo;
 Que el soldado mas tímido y mas bolo
 Hace á veces mejor el zafarrancho.
 Si en el mundo no cabe, y es bien ancho,
 La fama de MIGUEL de polo á polo;
 Milagro no es de *don Quijote* solo
 Que algo le toca al escudero *Sancho*.
 De cada cual apréciese la dote,
 Su mérito poniendo en la balanza,
 Y dirá, quien no sea un hotentote:
 Quizá de la acojida que hoy alcanza
 Menos Cervantes debe á *don Quijote*
 Que el caballero hidalgo á *Sancho Panza*.

Juan Martínez Villergas.

LA LUZ DEL GENIO.

A CERVANTES.

Quise cantar cuando sentí en las venas
 el fuego de una edad que ya ha pasado,
 y entusiasta canté; pero ¡ay! apenas

te ví genio inmortal, avergonzado
 aherrojé mi lira entre cadenas!...
 Hoy vuelvo á tí con paso agigantado,
 y al querer consagrar un pensamiento,
 me sobra inspiracion, me falta aliento!

Los ingenios del mundo se postraron
 cuando en la cima aparecer te vieron;
 atónitos los hombres se miraron,
 y atónitos despues se comprendieron;
 sus liras en tus aras las quemaron...
 y prosternados tu cantar oyeron...
 ¡Ay! ¡que las luces que su fuego ofrece
 un rayo de tu luz las oscurece!

Gigante como el sol tambien tu llama
 esparce por el mundo su belleza:
 el orbe sábio como rey te aclama,
 y levantas altivo la cabeza.
 ¡El sol y tú! ¡tesoros que la Fama
 no alcanza á distinguir por su riqueza!
 ¡El sol y tú! ¡creaciones de gigantes!..
 ¡No ha de haber otro sol ni otro Cervantes!

¡La miseria del mundo combatiste
 Para que hoy ese mundo mas te asombre,
 y con alma de un dios sufrir supiste
 para encontrar la muerte como hombre!
 Perder la barca de tu ciencia viste,
 mas del naufragio se salvó *tu nombre*;
 y no bien puso el pie sobre la arena
 del mundo por los ámbitos resuena.

Teodoro Guerrero.

A MIGUEL DE CERVANTES.

Tú viviste la vida de los sábios,
 Oscuro, pobre, en abandono triste:
 La palabra inspirada de tus lábios
 Tema de escarnio á la insolencia oiste.

Así el Tasso vivió, de alta memoria,
 Camoens así tambien tuvo la suerte;
 Para empezar la vida de la gloria
 Se ha de apurar la vida de la muerte.

Gloria á Cervantes: entre luces tantas
 El aplauso del mundo te mantenga,
 Ayer polvo hoy lumbrera te levantas,
 Que el hombre ultraja pero el tiempo venga.

¡Gloria á tí! Cuando ufano el extranjero
 Nuestra humillante decadencia note,
 Alzar podamos el mirar severo,
 Invocando ¡Oh Cervantes! tu QUIJOTE.

R. de Satorres.

¡CERVANTES!

Sombra inmortal, que acaso
 En la callada noche, misteriosa,
 Vienes con lento paso
 El sitio á recorrer do magestuosa
 Tu imájen muda está;
 Y acaso, el monumento
 Do esculpido se ve tu grande nombre,
 Considerando, al viento
 Tus quejas das, con impetus de hombre
 Aunque eres ángel ya.

No presurosa al cielo
 Te vuelvas, al mirarlo tan mezquino;
 Que sobre el patrio suelo
 Amontonó sus males el destino
 Con cruda profusion:
 Hoy nuestra pobre España,
 Un tiempo ¡ay Dios! señora de la tierra,
 Por su implacable saña
 Se ve presa infeliz de infanda guerra,
 ¡Guerra de maldicion!

Hermanos con hermanos,
 Perdida la razon, la fé perdida,
 Los míseros hispanos
 A impulsos de su furia maldecida
 Se lanzan á la lid:
 No ya al furor son valla
 De sangre y de virtud los santos fueros. —
 ¡Aun hay á la batalla
 Soldados—pero ya no hay caballeros
 En la patria del Cid!

¡Indignos traficantes
 Los nietos son, de aquellos campeones
 Que fueron arrogantes
 A conquistar las índicas regiones
 En nombre del Señor!
 El castellano brío
 Cedió del vicio al seductor halago;
 Su gloria y poderío
 Hundiéronse tambien, y en tal estrago
 ¡Ni aun se salvó el honor!

¡Qué mucho, pues, Oh sombra
 Del poeta inmortal, si á tal bajeza,
 Que al universo asombra,
 Ha caído de España la grandeza,
 El brillo y la altivez!
 ¡Qué mucho que á tu gloria
 Alce pobre y oscuro monumento,
 Cuando son hoy su historia,

Cobardía, traicion, odio violento,
Y dolo y pequeñez!

¿Y qué? ¿en el suelo ibero
De virtudes tan altas solio un día,
No queda un caballero?
¿No quedan ya, valor, ni cortesía,
Ni fé, ni religion?
Si quedan, sí. — En lo oscuro
Del porvenir descubre la esperanza
Al desenfreno un muro...
Pero ¡ay! que en muy remota lontananza
Lo mira el corazon.

Mas infortunio tanto,
¿Qué importa al esplendor de tu alto nombre?
Si eres del mundo encanto,
Si do quiera, Cervantes, que haya un hombre,
Se alza una voz por tí,
¿Qué importa, aunque mezquino
Sea el bronce que al mundo te proclama,
Si tu númen divino
Se sienta allá en el templo de la fama
En trono de marfil? (1)

J. Heriberto García de Quevedo.

(1) Nosotros conocemos el mérito de la estatua del señor Solá; pero como en poesia se siente y no se analiza, al escribir esta oda, improvisada por la premura que nos daba el Editor de la presente obra, obedecemos á la impresion, triste por cierto, que experimentamos al ver por primera vez en conjunto, el monumento á que se alude, y cuyo pedestal vulgarisimo y sin carácter, oscurece notablemente el mérito de la estatua.

Por lo demás, bien sabemos que los admiradores de Cervantes no pueden quejarse, puesto que aquel célebre escritor es el único que tenga una estatua en nuestra España, en donde no la tienen una Isabel I, un Gonzalo de Córdoba, ni Hernán Cortés, ni Calderón, ni Velázquez, ni otra infinita multitud de personajes célebres en la política, en las letras, en las armas, etc. etc.; pero francamente, ya que Cervantes solo lo tiene, querriamos un monumento mas grande para Cervantes.

TABLA DE LO CONTENIDO EN ESTA OBRA.

	PÁG.
Advertencia de los editores.	V
Dedicatoria al duque de Béjar.	VII
Prólogo.	IX
Versos al libro de don Quijote de la Mancha.	XIV

PARTE PRIMERA.

CAPS.	
I. Que trata de la condicion y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha.	1
II. Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote.	7
III. Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero.	14
IV. De lo que sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta.	19
V. Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero.	24
VI. Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.	28
VII. De la segunda salida de nuestro buen caballero don Quijote de la Mancha.	34
VIII. Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion.	38
IX. Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron.	43
X. De los graciosos razonamientos que pasaron entre don Quijote y Sancho Panza su escudero.	47
XI. De lo que le sucedió á don Quijote con unos cabreros.	51
XII. De lo que contó un cabrero á los que estaban con don Quijote.	57
XIII. Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos.	61
XIV. Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.	68
XV. Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses.	73
XVI. De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo.	81
XVII. Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo don Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta, que por su mal don Quijote pensó que era castillo.	87
XVIII. Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas.	93
XIX. De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.	101
XX. De la jamas vista ni oida aventura que con mas poco peligro fue acabada de famoso caballero en el mundo como la que acabó el valeroso don Quijote de la Mancha.	106
XXI. Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.	115
XXII. De la libertad que dió don Quijote á muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.	124
XXIII. De lo que le aconteció al famoso don Quijote en Sierra Morena, que fue una de las mas raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan.	131
XXIV. Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena.	140
XXV. Que trata de las estrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitacion que hizo á la penitencia de Beltenebros.	146
XXVI. Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo don Quijote en Sierra Morena.	157
XXVII. De cómo salieron con su intencion el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.	163

Caes.	PÁG.
XXVIII. Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la misma sierra.	174
XXIX. Que trata del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se había puesto.	184
XXX. Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.	192
XXXI. De los sabrosos razonamientos que pasaron entre don Quijote y Sancho Panza su escudero, con otros sucesos.	199
XXXII. Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de don Quijote.	206
XXXIII. Donde se cuenta la novela del curioso impertinente.	211
XXXIV. Donde se prosigue la novela del curioso impertinente.	224
XXXV. Que trata de la brava y descomunal batalla que don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, y se da fin á la novela del curioso impertinente.	237
XXXVI. Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron.	243
XXXVII. Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.	249
XXXVIII. En que se prosigue el curioso discurso de don Quijote sobre las armas y las letras.	256
XXXIX. Donde el cautivo cuenta su vida y sucesos.	260
XL. Donde se prosigue la historia del cautivo.	266
XLI. Donde todavía prosigue el cautivo su suceso.	274
XLII. Que trata de lo demas que sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.	288
XLIII. Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos.	294
XLIV. Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.	301
XLV. Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.	307
XLVI. De la notable aventura de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero don Quijote.	312
XLVII. Del extraño modo con que fue encantado don Quijote de la Mancha con otros famosos sucesos.	320
XLVIII. Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio.	328
XLIX. Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor don Quijote.	334
L. De las discretas altercaciones que don Quijote y el canónigo tuvieron, con otros sucesos.	340
LI. Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á don Quijote.	345
LII. De la pendencia que don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los disciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.	349

SEGUNDA PARTE.

Documentos de la primera edicion.	364
Dedicatoria al conde de Lémos.	367
Prólogo al lector.	369
I. De lo que el cura y el barbero pasaron con don Quijote cerca de su enfermedad.	373
II. Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de don Quijote, con otros sucesos graciosos.	381
III. Del ridículo razonamiento que pasó entre don Quijote, Sancho Panza y el bachiller Sanson Carrasco.	385
IV. Donde Sancho Panza satisface al bachiller Sanson Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse.	391
V. De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordacion.	395
VI. De lo que le pasó á don Quijote con su sobrina y con su ama; y es uno de los importantes capítulos de toda la historia.	400
VII. De lo que pasó don Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos.	405
VIII. Donde se cuenta lo que sucedió á don Quijote yendo á ver á su señora Dulcinea del Toboso.	411
IX. Donde se cuenta lo que en él se verá.	417
X. Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar á la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos.	421
XI. De la extraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijote con el carro ó carreta de las Córtes de la muerte.	428
XII. De la extraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijote con el bravo caballero de los Espejos.	434

Caps.	Pag.
XIII. Donde se prosigue la aventura del caballero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos.	439
XIV. Donde se prosigue la aventura del caballero del Bosque.	443
XV. Donde se cuenta y da noticia de quién era el caballero de los Espejos y su escudero.	451
XVI. De lo que sucedió á don Quijote con un discreto caballero de la Mancha.	453
XVII. Donde se declara el último punto y estremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de don Quijote, con la felicemente acabada aventura de los leones.	460
XVIII. De lo que sucedió á don Quijote en el castillo ó casa del caballero del Verde Gaban, con otras cosas estravagantes.	466
XIX. Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos.	473
XX. Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre.	479
XXI. Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.	486
XXII. Donde se da cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazon de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroso don Quijote de la Mancha.	492
XXIII. De las admirables cosas que el estremado don Quijote contó que habia visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa.	498
XXIV. Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta historia.	506
XXV. Donde se apunta la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino.	511
XXVI. Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdad harto buenas.	518
XXVII. Donde se da cuenta quiénes eran maese Pedro y su mono, con el mal suceso que don Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenia pensado.	525
XXVIII. De cosas que dice Ben-Enjeli que las sabrá quien le leyere, si las lee con atencion.	530
XXIX. De la famosa aventura del barco encantado.	534
XXX. De lo que le avino á don Quijote con una bella cazadora.	539
XXXI. Que trata de muchas y grandes cosas.	543
XXXII. De la respuesta que dió don Quijote á su reprensor, con otros graves y graciosos sucesos.	549
XXXIII. De la sabrosa plática que la duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note.	558
XXXIV. Que da cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se habia de desencantar la sin par Dulcinea del-Toboso, que es una de las aventuras mas famosas deste libro.	564
XXXV. Donde se prosigue la noticia que tuvo don Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos.	569
XXXVI. Donde se cuenta la estraña y jamas imaginada aventura de la Dueña Dolorida, álias de la condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió á su mujer Teresa Panza.	575
XXXVII. Donde se prosigue la famosa aventura de la Dueña Dolorida.	580
XXXVIII. Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la Dueña Dolorida.	582
XXXIX. Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia.	587
XL. De cosas que atañen y tocan á esta aventura y á esta memorable historia.	590
XLI. De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura.	594
XLII. De los consejos que dió don Quijote á Sancho Panza antes que fuese á gobernar la ínsula, contra cosas bien consideradas.	601
XLIII. De los consejos segundos que dió don Quijote á Sancho Panza.	605
XLIV. Cómo Sancho Panza fue llevado al gobierno, y de la estraña aventura que en el castillo sucedió á don Quijote.	609
XLV. De cómo el gran Sancho Panza tomó la posesion de su ínsula, y del modo que comenzó á gobernar.	617
XLVI. Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora.	623
XLVII. Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno.	627
XLVIII. De lo que le sucedió á don Quijote con doña Rodriguez la dueña de la duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna.	633
XLIX. De lo que le sucedió á Sancho Panza rondando su ínsula.	639
L. Donde se declara quién fueron los encantadores y verdugos que azotaron á la dueña, y pellizcaron y arañaron á don Quijote, con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta á Teresa Panza, mujer de Sancho Panza.	646
LI. Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos.	652
LII. Donde se cuenta la aventura de la segunda dueña dolorida ó angustiada, llamada por otro nombre doña Rodriguez.	658

	Pág.
CAPS.	
LIII. Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza.	663
LIV. Que trata de cosas tocantes á esta historia, y no á otra alguna.	668
LV. De cosas sucedidas á Sancho en el camino, y otras que no hay mas que ver.	674
LVI. De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre don Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos en la defensa de la hija de la dueña doña Rodriguez.	679
LVII. Que trata de cómo don Quijote se despidió del duque, y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora, doncella de la duquesa.	683
LVIII. Que trata de cómo menudearon sobre don Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas á otras.	687
LIX. Donde se cuenta el extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió á don Quijote.	694
LX. De lo que sucedió á don Quijote yendo á Barcelona.	700
LXI. De lo que le sucedió á don Quijote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen mas de lo verdadero que de lo discreto.	708
LXII. Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías, que no pueden dejar de contarse.	711
LXIII. De lo mal que le avino á Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa morisca.	719
LXIV. Que trata de la aventura que mas pesadumbre dió á don Quijote de cuantas hasta entonces le habian sucedido.	726
LXV. Donde se da noticia quién era el de la Blanca Luna, con la libertad de don Gregorio, y de otros sucesos.	729
LXVI. Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escuchare leer.	733
LXVII. De la resolucion que tomó don Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo, en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos en verdad gustosos y buenos.	737
LXVIII. De la cerdosa aventura que le aconteció á don Quijote.	741
LXIX. Del mas raro y mas nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino á don Quijote.	745
LXX. Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no escusadas para la claridad desta historia.	750
LXXI. De lo que á don Quijote le sucedió con su escudero Sancho yendo á su aldea.	755
LXXII. De cómo don Quijote y Sancho llegaron á su aldea.	760
LXXIII. De los agüeros que tuvo don Quijote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia.	764
LXXIV. De cómo don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte.	768
Apéndice.	

COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

	PAG.
Retrato de Cervantes, dando cara á la portada.	
Sancho Panza y don Quijote.	1
Sancho apoyado en el rucio.	36
Manteamiento de Sancho.	92
Batalla de don Quijote con unos cueros de vino.	238
Don Quijote dando su fallo sobre el yelmo de Mambrino.	309
Don Quijote y Sancho arrodillados delante de las tres labradoras.	426
Don Quijote desafiando al leon.	465
Don Quijote y Sancho Panza montados sobre Clavileño.	599
Don Quijote vencido por el caballero de la Blanca Luna.	730
Muerte de don Quijote.	773

COLECCION DE LAS LAMINAS

Faint, illegible text, likely a table of contents or index, with some numbers visible on the left margin.